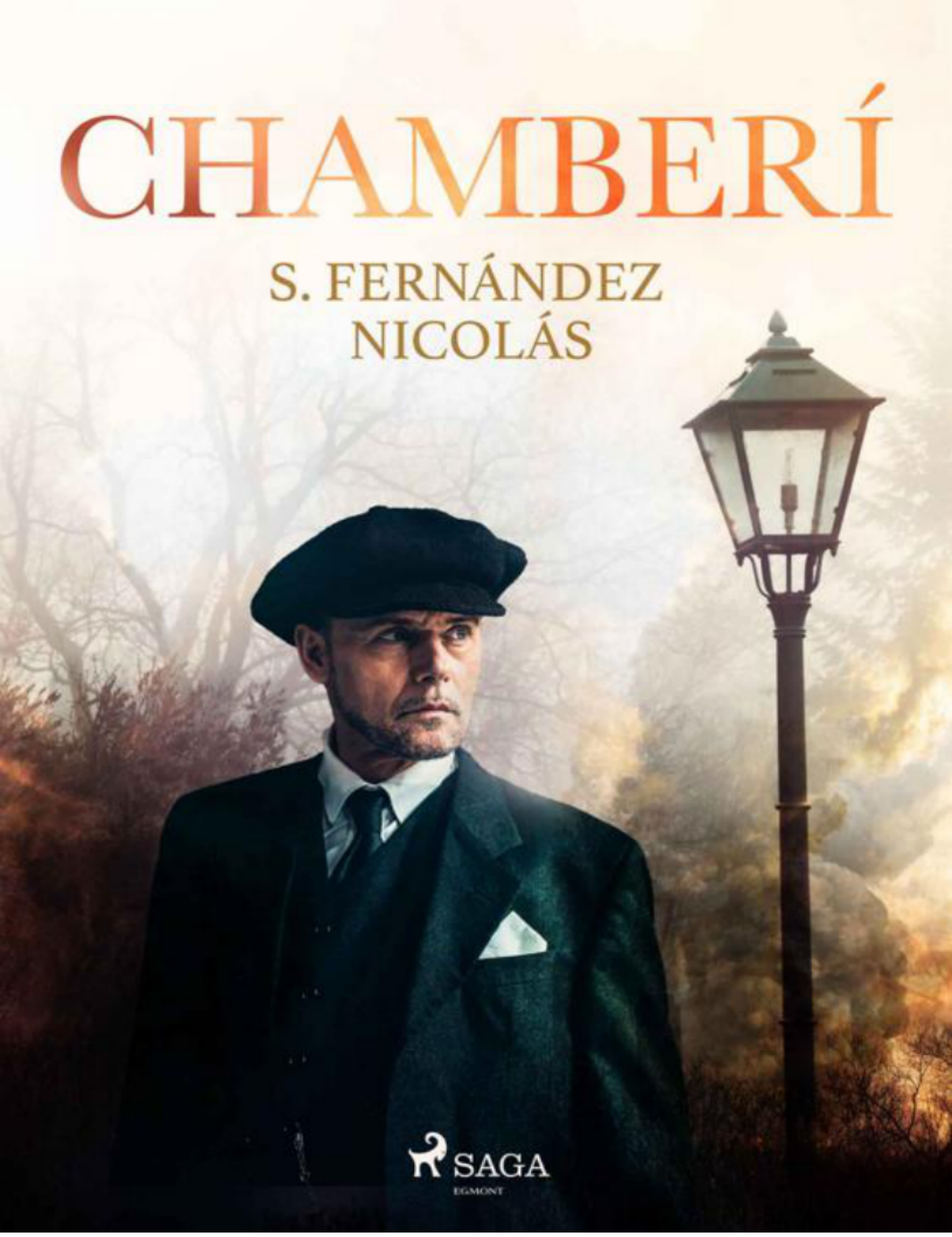
CHAMBERÍ

S. FERNÁNDEZ NICOLÁS



SAGA
EGMONT

S. Fernández Nicolás

Chamberí

SEVERIANO FERNÁNDEZ NICOLÁS

FINALISTA DE LOS PREMIOS
PLANETA Y NADAL

PREMIO SELECCIONES LENGUA ESPAÑOLA
DE PLAZA Y JANÉS

Saga

Chamberí

Copyright © 2004, 2022 S. Fernández Nicolás and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728372432

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com
Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

A mi hija Maite por su valiosa ayuda como experta en conocimientos literarios.

Y

a Natalia Álvarez Méndez, profesora de la Universidad de León, con mi agradecimiento por su tesis doctoral sobre mi creación novelística.

«A veces pienso que escribir no es más que recopilar y ordenar y que los libros siempre se están escribiendo, a veces solos, incluso desde antes de empezar materialmente a escribirlos y aún después de ponerles su punto final. La cosecha de las sensaciones se tamiza en la criba de los mil agujeros de la cabeza y cuando se siente madura y en sazón, se apunta en el papel y el libro nace.»

Camilo José Cela

1

Según mi madre –que nos lo contaba cuando éramos pequeños– su padre había sido un cura que tuvo amoríos con una vecina del pueblo donde ejercía de párroco. De esos amoríos resultó ella. El escándalo que se produjo en el pueblo fue causa de que al abuelo cura lo trasladaran de aquel sitio y él consiguió que fuera a Madrid, de coadjutor de una parroquia. Pero no vino solo. Con él se trajo a la vecina y a la hija de ambos, nuestra madre, Regina. La vecina se llamaba Teófila y se apellidaba Lozano, el apellido que le pusieron a mi madre en el Registro por ser hija de soltera.

A principios de siglo vivían los tres en un piso alquilado de la plaza de Chamberí. La abuela pasaba por ser la sobrina del cura y nuestra madre, su hija. Las dos llamaban "tío", al cura: "Tío Pedro", más concretamente. O sea que nosotros, los hermanos del Pozo, hemos tenido un abuelo sacerdote. Y a mucha honra, como diría mi madre que le quería muchísimo. No así a la suya, de la cual no solía hablar muy bien.

Pero vayamos por partes. El abuelo, que según mi madre era una persona bastante inteligente, no se conformó con ser coadjutor. En cuestión de un par de años consiguió que le nombraran capellán de un convento de monjas y profesor de latín en colegios religiosos. De manera que ganaba lo suficiente para que no les faltara nada a las dos mujeres que convivían con él. Criada no tenían, desde luego. No les hacía falta.

La abuela, según mi madre, era una mujer de gran fortaleza física, y además una excelente cocinera, así que el capítulo de la criada lo tenía solucionado el abuelo con ella en la casa. La falsa sobrina se ocupaba de todo: limpieza, el lavado de la ropa, las compras y las comidas. En las limpiezas, según mi madre, lo ponía todo patas arriba. Era tremenda. Abría balcones de par en par, trasladaba muebles, sacudía alfombras y cortinas, quitaba el polvo de las paredes, sacaba brillo al parquet... El abuelo no se enteraba del zafarrancho. Cuando él regresaba a la hora de comer, siempre encontraba el piso ordenado y limpio y la comida preparada. En aquellos primeros años, mi madre solía acompañar a la abuela a hacer las compras por las tiendas del barrio. La abuela gastaba mucho. Se entendía bien con los tenderos, aunque a veces se enfadaba y los ponía de vuelta y media. Según decía mi madre, la educación de la abuela dejaba bastante que desear. Sabía leer y escribir y algo de números: las cuatro operaciones fundamentales. Para un pueblo, podía pasar, pero para un Madrid se notaba su falta de una mínima cultura. Por eso mi madre, en cuanto tuvo seis o siete años, dejó de salir con ella. Además le

daba vergüenza su aspecto pueblerino. Las cosas hay que decirlas, me parece a mí. Como también digo, porque mi madre así me lo contaba, que el abuelo cura jamás se presentaba en público con esa falsa sobrina que era la madre de su hija. Esto dicho por la propia hija, resulta bastante fuerte. Pero así fue, según parece. También sucedía que el abuelo era el que sacaba a pasear a mi madre cuando tenía tiempo. Recorrían las calles del barrio –Santa Engracia, Luchana, Paseo del Cisne, Sagasta, Génova– y llegaban hasta Recoletos y la Castellana. En verano iban en tranvía hasta El Retiro. Al abuelo le gustaba remar y aficionó a mi madre en este deporte. La abuela, repito, nunca iba con ellos.

Según mi madre, el abuelo se propuso prepararla para ingresar en el Instituto. Le daba clases por las tardes, en el tiempo libre que le dejaban sus tareas sacerdotales. Los dos ponían tanto interés en el empeño que mi madre aprobó sin esfuerzo los exámenes, con matrícula de honor. El abuelo seguiría ayudándola a lo largo del bachillerato, completando las enseñanzas que le daban en el Instituto. De este modo, mi madre consiguió el título de bachiller a los diecisiete años. Dos más necesitó para el de maestra nacional. Al llegar a este punto, el abuelo orientaba a mi madre para que hiciera una carrera universitaria: Medicina, tal vez. Doctora doña Regina Lozano. ¡Qué bien sonaba!

2

Según mi madre, el objetivo de hacer una carrera universitaria no llegó a producirse porque se cruzó en su camino el hombre que iba a amargarle la vida. Ella no se recataba para decirlo y a la vista del resultado de su matrimonio, tenía razón. Claro que la culpa no era suya totalmente. En el asunto intervino –y de manera decisiva– el abuelo cura. A mi madre, la cuestión de echarse un novio, no le preocupaba en absoluto. Y eso que en aquellos tiempos, el matrimonio significaba la meta para cualquier mujer. Pero ella no era una mujer cualquiera. Había demostrado en sus estudios que tenía condiciones para aspirar a desempeñar un puesto importante en la sociedad y el matrimonio lo dejaba a un lado. Ya llegaría su momento. De esta opinión era también su padre, el cura.

Mi madre, incluso de muy mayor, era guapa. ¡Cómo sería de joven! Parece ser que paseando en cierta ocasión acompañada del abuelo por Recoletos, se sentaron para descansar en las sillas laterales que se alquilaban por unos céntimos. Y justo al lado de la que ocupaba el abuelo, se sentó un joven de buena presencia que enseguida se puso a charlar con ellos. Labia no le faltaba, desde luego. Mi madre recordaba que el abuelo parecía muy a gusto conversando con el desconocido. Ya en aquel primer encuentro se enteraron de circunstancias referentes a su persona: entre ellas, que era soltero, funcionario del Estado y que vivía en una pensión, por el centro. También les dijo su nombre: Víctor del Pozo Márquez. Una alhaja. Y lo digo yo, que soy su hijo.

Al primer encuentro en Recoletos siguieron otros. El abuelo hacía las veces de carabina. Se entendía bien con el señorito andaluz. Congeniaban en aspectos de la vida, como por ejemplo, la familia y la religión. El que luego sería mi padre alardeaba con frecuentar las iglesias y de leer libros sobre temas religiosos. Por ese camino, que a mi madre no le causaba el menor efecto, fue ganándose poco a poco, la voluntad del abuelo.

Hasta aquí mi padre aún no había manifestado abiertamente sus intenciones. Un día le salió al encuentro a mi madre cuando volvía sola a casa de la universidad y entre remilgos le pidió que fuera su novia. Mi madre le dijo que lo pensaría. Ya vería. Después se lo contó a su padre y el abuelo no opuso ningún reparo al posible noviazgo. Faltaba que la abuela conociera al pretendiente. Con este motivo le invitaron a una merienda en casa. Mi padre se presentó con un gran ramo de flores. Según mi madre, en aquella reunión quedó perfilado su destino. Una maniobra perfecta. Porque mi padre no sólo

había conquistado al abuelo cura, sino que se metió en el bolsillo a la abuela. Y para conseguirlo tuvo que contar la historia de una familia de la alta burguesía andaluza, con cortijos y olivares. Y que el cargo que tenía en el ministerio era algo así como de Director General. Luego resultaría que ninguna de esas cosas sería cierta. ¿Familia de alta burguesía? Nada de nada. Ni cortijos ni olivares. Familia de labradores pobres. Y en cuanto a su empleo de funcionario, auxiliar y gracias.

Mi madre no terminaba de decidirse. Su instinto la ponía en guardia contra ese hombre que de buenas a primeras se presentaba a torcerle el rumbo de la vida, sin que ella experimentara ningún sentimiento especial hacia él. Porque ¿qué era el amor? Tenía la próxima experiencia de sus padres. ¿Había existido amor entre su padre y su madre cuando la engendraron a ella?, se preguntaba. Y en ese mundo, todo era confusión. ¿Quería a Víctor? ¿No lo quería? Me contaba que había pasado muchas noches dudando entre el sí o el no. Al acoso de su madre apoyando el sí, se unió la postura de su padre, el cura. Víctor del Pozo le parecía al abuelo un muchacho excelente...

3

Les casó el abuelo. Según mi madre, la boda fue atípica, sin invitados. Mi padre por un lado, y el abuelo y mi madre por el otro, así lo acordaron. Mi padre tenía prisa por ingresar en la familia de mi madre. El abuelo se lo ponía en bandeja. No necesitaba buscar piso. El nuevo matrimonio se instalaría en el suyo, en la plaza de Chamberí. Había espacio suficiente, incluso para los hijos que pudieran venir. Mi madre que –insistía ella– no estaba enamorada, se enfrentó con buen ánimo a la situación. Quizá el amor llegaría con el tiempo.

El primer aviso de tormenta se presentó a los pocos días de la boda, durante el viaje de novios que hicieron a Barcelona. Ninguno de los dos conocía esta ciudad. Estaban alojados en un hotel del centro y todo transcurría normalmente, según mi madre. Pero una noche, mi padre aprovechó que estaba cansada, para salir solo a dar una vuelta por la plaza de Cataluña. Y no regresó a la habitación hasta pasadas las seis de la madrugada. Mi madre le preguntó dónde había estado todo aquel tiempo y su respuesta la dejó atónita. Echando chispas por los ojos le contestó que había estado donde le daba la gana y que perdía el tiempo si esperaba controlarle. Mi madre notó, por el olor del aliento, que apestaba a alcohol.

El incidente terminó así aquella noche. Al día siguiente mi padre se comportó como si no hubiera ocurrido nada. Regresaron a Madrid y emprendieron la vida normal. El abuelo, a su parroquia, mi padre a su oficina, la abuela a sus guisos y a sus compras, y mi madre a colaborar con ella, dentro de sus conocimientos de ama de casa, que no eran muchos. (Había renunciado a hacer la carrera de Medicina).

Llegó el primer mes en el que mi padre tenía que haber cobrado su sueldo y entregárselo a ella para que lo administrara. Pasaban los días y mi padre no le decía nada sobre el particular. Mi madre lo comentó con el abuelo y también a él le parecía raro. Por fin, ya avanzado el mes, mi madre le planteó a mi padre la cuestión. “Tu padre es rico”, le dijo él. “¿Vas a consentir que siga viviendo a costa de mi padre?”, le recriminó mi madre. Y él le contestó: “¿Por qué no?”. La mayoría de los recién casados lo hacía.

Mi madre le contó a su padre lo que pasaba. La intervención del abuelo hizo posible que, a partir de entonces, mi padre le entregara a mi madre una parte del sueldo.

Según mi madre no pasaría mucho tiempo sin que mi padre les proporcionara otros disgustos. Un día se presentó en casa un sastre con la pretensión de cobrar una factura extendida a nombre del abuelo por la

confección de un traje que le había encargado mi padre sin que ni mi madre ni el abuelo lo supieran. Con este motivo hubo bronca entre mis padres, y al final, el abuelo pagó la factura. A raíz de este incidente, mi madre descubrió algo más grave: mi padre tenía el vicio del juego. Él mismo se lo dijo. ¿Recordaba aquella noche en Barcelona? Bueno, pues no se había movido del hotel. En la planta baja del mismo había una sala de juego. Aquella noche había ganado, como casi siempre. Era un jugador de primera.

A los diez meses de casados tuvieron el primer hijo: Juan José. Dos años después, nació Víctor, el segundo. En los años siguientes, llegaron las tres hermanas: Lola, María del Mar y Estrella, a intervalos de poco más de dos años y medio. Y mi madre asegurando que no se querían. ¿Hacían el amor dormidos o drogados? ... Le molestaba hablar del tema. ¡Tener hijos sin desearlos del hombre que te los hace! Mi padre había descubierto sus puntos débiles, esos rincones del cuerpo femenino donde bastaba actuar para que mi madre se le abriera de piernas. Y ella era incapaz de resistirse por más que odiara al enemigo que tenía encima.

El enemigo, sí. Por su culpa había muerto su padre. Según decía, el abuelo murió de pesadumbre por el desastre del matrimonio que tanto había contribuido a formar. Un ataque al corazón le derrumbó mientras decía la misa en la capilla del convento de monjas del que era capellán. Había otorgado testamento nombrando heredera a mi madre, reconociéndola como hija a efectos legales. Entre los bienes que le dejó, figuraba una modesta casa con inquilinos en la barriada de Cuatro Caminos.

Muerto el abuelo, la abuela Teófila regresó a su pueblo, del que hacía treinta años que faltaba. Tenía unas tierras que mi padre, diligentemente, le ayudó a malvender. Después le arregló los papeles para ingresar en un asilo. Y en el asilo murió, según mi madre, poco antes de empezar la guerra.

¡Sola y con un marido y cinco hijos que atender! Mi madre no perdió el tiempo en lamentaciones. Además, entre el dinero que le había dejado el abuelo y los alquileres de la casa de Cuatro Caminos, disponía de holgura económica como para contratar una criada. Que fue lo que hizo inmediatamente.

¡Las criadas, ese gremio tan denostado en aquellos tiempos! Meter una sirvienta en la casa supuso problemas con mi padre. De creer a mi madre, mi padre era un fauno que no dejaba en paz a las pobres chicas en cuanto fueran poseedoras de unas nalgas más o menos pronunciadas. Por eso, ella había decidido contratar a una mujer que careciera de encantos físicos. Y con paciencia la encontró: una extremeña bajita de estatura, con un lunar en la cara. Se llamaba Sinforosa, "Sinfo" para todo el mundo. "Sinfo" era fea, sin paliativos. Tendré que mencionarla a menudo, porque ha seguido las vicisitudes de la familia hasta el final. Todos la queríamos, excepto mi padre, que la regañaba con frecuencia. "Sinfo" –hay que reconocerlo– a veces se

equivocaba y otras no hacía las cosas bien.

4

Según mi madre, la familia llevaba una racha de varios años sin problemas. Ella se ocupaba de todo, incluso de guisar, cosa que en vida de la abuela nunca había practicado y que a decir verdad, maldita gracia que le hacía. También les daba clases a mis hermanos y hermanas para ahorrarse el gasto de un colegio. Y por la misma razón confeccionaba la mayoría de sus ropas. Así que con la colaboración de la criada, la familia salía adelante sin mayores dificultades. Mi padre hacía su vida. Jugaba? Mi madre sospechaba que sí. Ella no tenía tiempo para ir detrás de él a comprobarlo. Que seguía con su afición a la bebida, no necesitaba demostración: le bastaba con olerle el aliento. En casa se controlaba, que ya era un detalle favorable.

En esta situación –teniendo mi hermano Juan José ocho años y mi hermana Estrella recién nacida– estalló lo que mi madre calificaba como el "conflicto de la cartilla". La historia se había iniciado unos años atrás, cuando el abuelo nombró a mi padre administrador de la casa de Cuatro Caminos. Al morir él, mi padre siguió cobrando los alquileres que ingresaba en la cartilla de ahorros de mi madre, donde al principio sólo figuraba ella. Después, con el tiempo, incluyó también a mi padre, reconociéndole la firma. Era él quien la utilizaba, ingresando y sacando del Banco los dineros que hacían falta para los gastos normales de la familia. La cartilla se guardaba, con otros papeles y documentos, en un cajón. Mi madre podía examinarla en cualquier momento. Y eso venía haciendo durante años. Mi padre pasaba por el Banco, retiraba la cantidad de dinero que mi madre le indicaba y devolvía la cartilla al cajón.

Un día mi madre quiso comprobar el saldo que tuviera la cartilla en aquellas fechas y la cartilla no estaba donde la solían guardar. Le pareció raro. La buscó y no la encontró. Cuando le preguntó a mi padre, él se hizo el sorprendido. ¿Qué no estaba en el cajón? Buscaba aquí y allá. Y mi madre, ya con la mosca detrás de la oreja. "Venga, Víctor. ¿Dónde la guardas?" "¿Guardarla yo? ¡A ver si la ha cogido la criada!". Mi padre fue a la cocina donde estaba "Sinfo" preparando la cena. "¿Qué has hecho con la cartilla?" "No sé de qué me habla, señorito". Mi madre cogió a mi padre del brazo y lo sacó de la cocina. "¿Qué pasa, Víctor?" Mi padre se puso furioso. ¿Desconfiaba de él?. "La habrás perdido en algún sitio", le dijo mi madre. Y mi padre, cada vez más alborotado. "¿Perderla yo? Mira, no te consiento..." Y mi madre, intentando calmarle. "No pasa nada. Mañana vamos al Banco y nos hacen un duplicado". Según mi madre, a aquellas alturas estaba convencida de que mi padre le ocultaba alguna fechoría de las suyas.

Durante la cena mi padre no dejaba de hacer conjeturas sobre el paradero de la dichosa cartilla. Él juraba y perjuraba haberla guardado en el cajón la última vez que sacó dinero. Mi madre le dejaba hablar, callaba y le observaba preguntándose qué clase de disgusto la esperaba cuando mañana fueran al banco.

No llegaron a ir. A la hora de acostarse se metieron en la cama. Mi madre apagó la luz y en ese momento, mi padre rompió a llorar. Y en la oscuridad siguió llorando y llorando. Mi madre salió de la habitación y fue a la de mis hermanos mayores que aún estaban despiertos. ¿Qué le pasaba a papá? ¿Por qué lloraba? Ella no supo darles una explicación. En cuanto regresó al dormitorio, mi padre se arrojó a sus pies. "¡Perdóname, perdóname!" gritaba, según mi madre.

Mi padre terminó confesándole que había vendido la casa de Cuatro Caminos y el dinero lo había perdido en el juego. Adiós alquileres. Por eso había escondido la cartilla, para que mi madre no se enterara.

Se acabó. Mi madre daba por finalizado el matrimonio. No podía soportar más al rufián. Pero él maniobró con tal astucia –nunca más volvería a jugar, nunca más volvería a engañar a nadie– que consiguió que mi madre lo perdonara. No fue un empeño fácil. Mi madre le sometió a un despiadado aislamiento. En adelante, seguirían viviendo juntos, pero como desconocidos. Ella no volvería a dirigirle la palabra en privado. Nada de dormir en la misma cama, ni siquiera en la misma habitación. Mi padre, en el sofá, en el salón, o si lo prefería, en un destartalado somier, en el cuarto trastero.

Mi padre soportó la humillación de acostarse en el sofá durante tres largos años. Al final de este tiempo, resultó que mi madre estaba embarazada de nuevo. ¿Qué había pasado? ¿Quién de los dos había claudicado? Yo pienso que mi madre. Que era una impulsiva en el aspecto sexual, lo demostraban los hijos que había tenido con un hombre al que aseguraba no amar. Mi padre se aprovecharía de su experiencia con ella, para reanudar unas relaciones íntimas que hubieran muerto para siempre, si mi madre hubiera sido de otra manera. Y de este modo mi padre recobró su sitio en la cama matrimonial. De aquel embarazo nació mi hermano Pedro. Y un año después nací yo: Luis. El cupo quedaba cubierto.

5

Se vivían tiempos difíciles. Convulsiones políticas forzaron un cambio de régimen. A la monarquía siguió la república. Mi padre rechazaba la república. Prefería la dictadura de tiempo atrás. Por el contrario mi madre simpatizaba con la institución republicana que tan corta vida iba a tener. Mi madre soñaba con un país del que desaparecieran los privilegios de clase, las injusticias y el atraso. Ella, con sus siete hijos, necesitaba un país abierto a las oportunidades de una vida decente. Quería que sus hijos estudiaran una carrera y, si valían, que ejercieran una profesión digna. Quería que mejorara la sanidad y la enseñanza y las comunicaciones y la minería y la pesca y el campo. Quería un país que se pusiera en pie para avanzar hacia las metas de libertad que se vislumbraban en el futuro.

Mi padre, en cambio, no necesitaba más libertades que las que tenían. Y eso sí, leña a los huelguistas, a los revoltosos, a los revolucionarios, a la gentuza que invadía las calles gritando insultos contra las personas de orden. Sin mano dura, el país se iría al garete. Eso estaba más claro que el agua. Y la mano dura sólo podían imponerla los militares. Nunca tenía en cuenta su actuación personal en vivo contraste con lo que pregonaba. Las virtudes cívicas y familiares quedaban para los demás.

Mis padres siempre andaban a la gresca. Cuando no discutían por una cosa lo hacían por otra. El dinero que mi padre le entregaba a mi madre no alcanzaba para los gastos del mes. Vivían al día. Y cuando no había dinero se recurría al crédito. Las tiendas de comestibles del barrio –especialmente la del señor Dionisio, al otro lado de la plaza– conocían muy bien a nuestra chacha "Sinfo", que era la encargada por mi madre de hacer las compras. Yo la acompañaba a veces. Me veo cruzando la plaza, cogido de su mano. Ella lleva colgado del brazo un gran capacho con la compra, del cuál sobresalen los extremos de las barras de pan. Somos muchos a comer en casa: diez personas. Ahora, cuando lo pienso, no me extraña que mi madre se quejara. Y encima teniendo que aparentar que disfrutábamos de una posición holgada, la que correspondía a la clase social en la que estábamos catalogados: el cabeza de familia, funcionario; la mujer, ama de casa sin otras ocupaciones; buen piso, buen barrio, con criada; hijos estudiando... Sí, mi madre se quejaba con razón. Necesitaba más dinero. Y de mi padre no podía esperar que lo consiguiera, salvo en el maldito juego.

Entonces fue cuando se le ocurrió la idea del parvulario. Un día una vecina le pidió a mi madre que le cuidara a un niño de mi edad mientras ella iba al

médico. El niño aquel pasó unas horas con nosotros –con mi hermano Pedro y conmigo– y no hubo ningún problema. A partir de este momento mi madre se preguntó: ¿Y si en lugar de uno fueran diez o quince?... Un colegio, un parvulario. Disponía de un amplio salón y tenía el título de maestra. ¿Qué más necesitaba? Que los hijos colaboraran. Lo consultó con los mayores –ya estudiaban en el Instituto– y ellos se mostraron dispuestos a echarle una mano. Con nuestro padre no había que contar. Para él, cualquier signo de independencia por parte de la mujer lo consideraba funesto.

Al poco tiempo, puso en marcha el parvulario. Hubo que comprar pupitres, sillas, bancos, cuadernos. Como mi madre no tenía dinero, lo pidió prestado al señor Dionisio, el de la tienda de ultramarinos. Se sentía ilusionada. Daba las clases de diez a una y de tres a cinco. Bajo su dirección las cosas funcionaban. La mayoría de los críos, entre los cuales me encontraba, estábamos a gusto con ella y con mis hermanos mayores, que a ratos se presentaban a ayudarla, lo mismo que hacían mis hermanas. Las tres participaban en entretenernos.

El parvulario fue un éxito desde el principio. Llegó a contar con veinte alumnos inscritos. Ya no cabía ni uno más. Los ingresos aumentaron, como era lógico y la vida, nuestra vida, mejoró notablemente, hasta el punto de que mi madre decidió comprar un piano. ¡Un piano! Pues sí, un piano. Un signo de categoría social, de bienestar, de elegancia. A pesar de que ningún componente de la familia lo sabía tocar, el piano entró en nuestra casa, en el salón donde se daban las clases. Mi madre lo utilizaría desde entonces para arrancarle notas sueltas de canciones populares que tarareaba mientras tanteaba en las teclas. A mí me gustaba verla tocar. Llegado el momento era el primero que corría a ponerme junto al piano. Mi memoria capta confusamente la escena. Siempre he visto en mi madre una figura algo irreal. La que conservo de aquellos tiempos, me lleva a compararla con la imagen de alguna Virgen, sabe Dios cual. ¡Hay tantas!

6

Aquella bonanza de que disfrutaba la familia con la apertura del parvulario, se interrumpió repentinamente en el otoño anterior al año en que empezó la guerra. Yo entonces tenía cinco años y me acuerdo de algunas cosas. Otras, se las he oído contar a mi madre muchas veces. Resulta que mi hermano mayor Juan José –aún no había cumplido los veinte años– tuvo que casarse a escape con una chica de Valladolid a la que al parecer había dejado embarazada. (Entonces ocurrían este tipo de cosas). Que Juan José tuviera una novia, se sabía en la familia. Que la novia era estudiante en la Facultad de Farmacia y que se llamaba Gertrudis, también. Nada más. Por los comentarios que siempre le he oído hacer a mi madre, en nuestra casa se ignoraba que la novia de Juan José estuviera embarazada. Pero por lo visto sí lo estaba y Juan José se lo callaba.

Un día llamaron a la puerta del piso y yo salí a abrir, adelantándome a "Sinfo" que llegaría detrás de mí. Un señor vestido de uniforme al que acompañaba una chica, preguntaba por Juan José. Yo corrí a darle el recado a mi hermano que se encontraba con mi madre en el cuarto de estar. Los visitantes eran la novia de Juan José y su padre. El nuestro no estaba en casa en aquel momento.

Recuerdo que mi madre nos mandó a mi hermano Pedro y a mí, a jugar a la plaza. Al rato, llegó nuestro padre. Nos vio y pretendía que entráramos con él en la casa. "Hay una visita" le dijo Pedro.

Según mi madre, cuando mi padre llegó a la reunión que tenía lugar en el piso, ya habían acordado que Juan José y Gertrudis se casaran, sin fijar fecha, dentro de unos meses. Al parecer, el militar no se había andado por las ramas. Tenía una pistola en la maleta que había dejado en la pensión. O había boda o correría la sangre. Mi padre, cuando le informaron de lo que pasaba, tuvo una reacción de las suyas. Nada de esperar un mes, ni dos, ni tres. Si la novia de su hijo estaba embarazada, que se casaran inmediatamente. "Mañana mismo", creo que le decía a Gertrudis, según mi madre, abrazándola como si la conociera de toda la vida.

A la boda que se celebró en Valladolid, un mes o dos después de esta visita, fueron todos menos mi hermano Pedro y yo, que nos quedamos en Madrid al cuidado de la criada "Sinfo". Estuvieron dos días fuera. El segundo, que era domingo, Sinfo quiso que fuéramos al Retiro. En un par de horas podríamos ir y volver y pasar un rato disfrutando del buen tiempo. Era la primera vez que yo iba a hacer un recorrido tan largo. Cuando llegamos a La

Castellana, andando, pasaba una manifestación: hombres y mujeres que se desgañitaban dando vivas y mueras, banderas rojas, pancartas, bocinazos... Sinfo no había visto nunca nada igual y mi hermano y yo, tampoco. Sinfo se asustó, así que en lugar de seguir hacia el Retiro, nos volvimos a casa, a nuestra plaza de Chamberí, allí sí que había tranquilidad.

Por la tarde, Sinfo nos llevó en el Metro a la estación del Norte a esperar a la familia que regresaba de la boda. Que yo recuerde, era la primera vez que veía un tren con aquel humo que salía de la máquina y el estruendo que hacía entrando en el andén.

De un vagón descendieron mis padres, mis tres hermanas y mi hermano Víctor. Supongo que nos traerían algún regalo para Pedro y para mí. Lo que sí recuerdo es que mi madre nos compró castañas asadas en un puesto que había a la salida de la estación. El regreso a casa lo hicimos en el Metro. Ellos, mis padres, iban discutiendo. Según contaba mi madre, en la boda, durante el banquete, mi padre se puso a perorar a favor de una solución militar para los problemas del país. Su intervención había provocado un tumulto entre los invitados: unos a favor y otros en contra de lo que decía. Mi madre estaba indignada. ¡Mentecato! ¿Quién le mandaba montar el número en un acto que no tenía nada que ver con la política?

Juan José y Gertrudis se instalaron a vivir con nosotros, en nuestro piso. Ella continuaba estudiando en la Universidad. Juan José, también, con una novedad: su suegro, el militar de Valladolid, consiguió que ingresara voluntario en el Ejército. Y le buscó un enchufe en las oficinas del cuartel. Se trataba de que Juan José pudiera seguir estudiando y fuera a dormir a casa. Más adelante, el citado suegro intervino también para que Juan José ascendiera a sargento, con lo que mi hermano empezó a ganar un sueldo, que le venía muy bien para sus gastos.

Acoplar a la pareja no supuso grandes inconvenientes. Lo único que hubo que hacer fue sacar la cama de Víctor de la habitación que ocupaba con Juan José, y llevarla a otra. Juan José y Gertrudis iban a dormir en la cama que Juan José venía utilizando desde siempre. La cama resultaba algo estrecha teniendo en cuenta que la barriga de mi cuñada no dejaba de crecer.

7

Cuando estalló la guerra civil, yo era un crío de seis años. Según mi madre las relaciones entre ella y mi padre, en el aspecto político, no podían ser peores. Ella, mirando siempre a la izquierda y él, a la derecha. La república, según mi madre, no arrojaba el resultado que habían esperado sus partidarios. Los fallos eran muy graves. La sociedad cada día estaba más enconada. Había una parte, que recurría para alcanzar sus fines, a métodos violentos y salvajes. Mi madre era de condición pacífica. El país necesitaba paciencia, dar tiempo a que la democracia se consolidara. Sus teorías chocaban frontalmente con las de mi padre. Él seguía con sus fórmulas de "palo y tente tieso". Y la única solución, la militar. Mientras tanto no abandonaba sus costumbres de jugador, su afición a la bebida y a las tapas que prodigaban los bares de La Puerta del Sol.

Mi madre había llegado a un acuerdo con las madres de sus alumnos. Sólo daría clases por las mañanas. Por las tardes salía con nosotros –los hermanos pequeños– a la plaza. Creo recordar que había unos pinos y una fuente y un carrusel de caballitos del tío vivo. También había un kiosco de bebidas en el que mi madre nos solía comprar helados, que comíamos después del bocadillo de la merienda.

Apenas recuerdo a la cuñada Gertrudis. Según mi madre, Juan José había ido a casarse con una mujer seca y fría como un témpano. Mi hermano era distinto. Un individuo guasón que se reía hasta de su sombra. En nuestra familia, Gertrudis no encajaba demasiado bien. Sin embargo la pareja iba y venía, comíamos todos juntos, nos reuníamos en el salón. Recuerdo a Juan José vestido de uniforme, con la gorra de plato y correaje, siempre sonriente por complicadas que le fueran las cosas: veinte años, casado, estudiando una carrera, haciendo la mili, esperando un hijo... Pues él, tan campante, siempre con buen humor.

El otro hermano, Víctor, acababa de suspender el examen de ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos. Estaba, según mi madre, muy afectado por el fracaso y hablaba de renunciar. Se conformaba con hacer oposiciones a cualquier empleo del Estado, como nuestro padre, salida que éste apoyaba. Pero en este punto, nuestra madre se impuso: Víctor sería ingeniero. Seguiría acudiendo a una academia de preparación que costaba a la familia sus buenos dineros. Víctor sólo salía de casa para asistir a esas clases. El resto del tiempo lo pasaba estudiando y haciendo problemas de matemáticas. No tenía amigos, ni, por supuesto, novia a pesar de que era un joven de presencia bastante agradable.

Mis tres hermanas estudiaban en el Instituto Lope de Vega, cerquita de casa. Las tres habían sacado buenas notas en el curso.

Estamos de vacaciones. Primera quincena del mes de Julio del treinta y seis. Hay mucha inquietud en las familias. Se respira un ambiente de confrontación entre las fuerzas políticas. Los atentados y algaradas callejeras van en aumento. (Sucesos muy graves: asesinato del teniente Castillo y de Calvo Sotelo). Supongo que mis hermanas saldrían poco de casa. Ayudarían a mi madre en las clases con los párvulos, la mayoría de los cuales permanecían en Madrid. A última hora de la tarde, la plaza se llenaba de niños. No había peligro en este rincón de la ciudad. Los timbrazos de los tranvías que circulaban por Santa Engracia, ahuyentaban a los malos espíritus. Mis hermanas se sentarían en los bancos de la plaza con otras chicas del barrio. Y se contarían sus aventuras que, a lo mejor, ya empezaban a ser interesantes para algunas. Mi madre, al contarme sus recuerdos de aquellos días, sólo se refería a uno en particular: el de Juan José, enviando a su mujer a Valladolid para que cuando diera a luz a últimos de aquel mes de julio, estuviera con los suyos. Él iría a reunirse con ella dentro de un par de semanas.

Pero no pudo hacerlo a causa de la guerra que entretanto se declaró por el levantamiento militar que todo el mundo conoce. Valladolid quedaba a un lado de las trincheras y Madrid, al otro. Juan José y Gertrudis, su mujer, no volverían a verse nunca más –al menos que yo sepa–. Cuando se despidieron en aquella ocasión en la estación del Norte, fue un adiós definitivo.

8

Según contaba mi madre, durante los primeros días de la guerra, mi padre se comportaba de un modo tan insensato –manifestando públicamente sus simpatías hacia los militares que se habían sublevado–, que terminó siendo denunciado por un compañero de la oficina. En poder de los milicianos y conducido a una checa, su final hubiera sido el tiro en la nuca sin la rápida intervención de Juan José. Mi hermano consiguió sacarle de la checa y llevarle a casa. Recuerdo algo del ambiente en la familia durante aquellos días. Mi padre, que no se resignaba a permanecer encerrado y, Juan José, advirtiéndole de los peligros que corría si se empeñaba en salir. Lo detuvieron en otra ocasión y mi hermano le salvó de nuevo. Mi padre se convenció al fin de que no debía seguir haciendo tonterías. Lo prudente era desaparecer mientras se aclaraba la situación. Sabido es que la situación no se aclaró hasta dos años y nueve meses después, con el final de la guerra.

Pues bien, en todo ese tiempo, mi padre permaneció escondido en el cuarto trastero, una habitación al fondo del pasillo, donde el abuelo cura había instalado, en su día, una especie de oratorio, con un pequeño altar que aún seguía allí. El cuarto tenía ventana y luz eléctrica y algunos muebles cubiertos de polvo. Un somier en el suelo le serviría de cama a mi padre. Como el encierro iba a ser cuestión de días o semanas, lo soportaría, aunque a regañadientes. Su convencimiento de que los militares sublevados ganarían la guerra, no admitía la menor duda.

Nosotros, según mi madre, seguíamos haciendo la vida normal. Juan José ya andaba por los frentes. De sargento había ascendido a brigada. Formaba parte del Estado Mayor de un general republicano, muy importante. Cuando iba por casa, solía llevarnos en una mochila, artículos de comer, sobre todo, los chuscos, que a mí tanto me gustaban. Durante el día, nuestro padre procuraba no dejarse ver, excepto cuando llegaba Juan José. Entonces se arriesgaba a salir hasta el cuarto de estar y nos mandaba salir a todos. ¿De qué hablaban mi padre y Juan José? Según mi madre, mi padre pretendía que su hijo desertara y se pasara a la "otra zona". Y Juan José no le hacía caso a pesar de que en esa otra zona, se encontraba su mujer y el hijo o hija –que a aquellas alturas tenía que haber nacido– y que él aún no conocía. Mi hermano esperaba, como mi padre, que la guerra terminara enseguida, pero él confiaba en el triunfo del Gobierno.

Sin embargo esta esperanza de mi hermano no llevaba trazas de cumplirse, sino todo lo contrario. Juan José abandonó Madrid y se trasladó con el Estado

Mayor del que formaba parte, a la zona de Levante. Escribía poco. Y desde luego nunca volvió por Madrid. Siguió las vicisitudes del ejército republicano, marchando de derrota en derrota hacia el Norte, hacia Cataluña, y de allí pasaría a Francia, cuando se produjo el derrumbamiento total de las fuerzas gubernamentales.

Unos meses antes, a comienzos del verano del treinta y ocho, mi otro hermano, Víctor –que seguía preparándose para el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos– se pasó a la "zona nacional". Ignoro la influencia que nuestro padre pudo haber tenido en su decisión, aunque por los reproches que mi madre le haría más adelante por ese motivo, seguro que sí la tuvo. Víctor desapareció un día de casa dejando una nota en la que decía: "Me paso a la otra zona. No os preocupéis por mí". (Esta nota, escrita a lápiz, la conservó mi madre entre sus papeles a lo largo de los años).

9

Fin de la guerra. Fin del encierro de mi padre. Él es libre. ¿Qué habrá sido de mis hermanos? De Víctor tendríamos noticias enseguida. Una carta. Víctor escribía desde Granada, donde estaba haciendo un curso de promoción a la categoría de Alférez Provisional, dentro del ejército de tierra de los militares triunfadores. En cuestión de diez o quince días, se reuniría con nosotros.

Recuerdo la escena. Mi padre leyendo la carta y toda la familia, incluida la criada "Sinfo", a su alrededor, escuchando. Habíamos salido de la pesadilla de la guerra, con aspecto de fantasmas. Naturalmente, mi padre era el que más deterioro presentaba. Flaco y demacrado, en cuanto leyó que su hijo iba a ser alférez, estalló en gritos de júbilo y se puso a dar saltos por el salón. A su alegría se unieron mis hermanas y yo mismo, no así nuestra madre que le arrebató la carta a nuestro padre y abandonó precipitadamente el salón, tal vez para leer la carta a solas. Son recuerdos que puedo contar porque los he vivido. Como los que siguieron en relación con Víctor. A partir del décimo día en que mi hermano anunciaba en su carta que se reuniría con nosotros, mi padre acudía a la estación de Atocha, a esperar los trenes procedentes de Granada. Los primeros días, mi hermano Pedro y yo le acompañábamos. Después, Pedro prefería quedarse en casa. Mi padre y yo vimos llegar muchos trenes, sin que Víctor apareciera. Por fin, llegó. Allí estaba, entre un grupo de jóvenes oficiales que acababa de apearse de un vagón. Yo corrí a su encuentro y mi padre iba detrás de mí, gritando "¡Víctor! ¡Víctor!" Bueno, es fácil imaginarse la escena, como la que tendría lugar un rato después cuando los tres –mi padre, mi hermano y yo– llegamos a casa. Era el regreso del héroe y hasta la criada dejaba correr unas lagrimitas de emoción.

Ya le teníamos entre nosotros contándonos sus "hazañas", desde que se pasó a la zona nacional por el frente, hasta el momento de jurar bandera en la Academia de Oficiales de Granada. Pero no presume de su uniforme ni de ser guapo. El que presume es nuestro padre. Desde la llegada de Víctor no se separa de él. Incluso lo lleva a su oficina del ministerio y allí organiza un guateque para presentarlo a sus compañeros. Es el único funcionario del departamento que ostenta el honor de tener un hijo oficial del Ejército.

Nuestra madre calla. ¿Qué piensa? Sin duda alguna, que ella ha perdido la guerra y su hijo es el vencedor. Pero se trata de su hijo, este joven oficial que le demuestra su cariño con un ramo de flores. "Mamá. Te Quiero". ¡Víctor! Ella no puede decir lo que siente. En su corazón luchan dos sentimientos: el de madre y el de ciudadana cuyas ideas acaban de ser derrotadas por la fuerza

de las armas. En aquellos momentos el sentimiento que prevalece es el primero, pero lo oculta y se mantiene como retraída, al margen de la euforia de los demás. Mis hermanas forman el coro que exalta las hazañas de Víctor. Sobre todo las dos pequeñas se muestran entusiasmadas con aquel hermano que luce las estrellas de oficial, y no pierden la ocasión de exhibirse junto a él. Le miman, le atienden, le sirven, suplantando a la criada. Lola, la hermana mayor, flemática ella, no exterioriza los sentimientos. Observa el mariposeo de sus hermanas en torno a Víctor y las regaña. "Dejadle en paz de una vez".

Y luego estamos Pedro y yo. A Pedro le da igual que Víctor sea oficial o no. Lo que le interesan son los víveres del economato militar que Víctor aporta a nuestra despensa, mientras permanezca entre nosotros. No será por mucho tiempo. Acaban de comunicarle que ha sido destinado a un Regimiento de Valladolid. Tiene ocho días de plazo para incorporarse a su destino.

Durante estos días se recibió en casa una carta de Gertrudis, la mujer de Juan José. En ella comunicaba que no sabía nada de nuestro hermano desde el comienzo de la guerra. Decía también que en su día había tenido un niño y que esperaba noticias nuestras para saber a qué atenerse.

Desde el regreso de Víctor, el tema de Juan José había quedado relegado a un segundo término. Por un lado, mi padre no ocultaba sus sentimientos de rechazo hacia el primogénito. ¿"Por qué no se pasó como tú?"; le preguntaba a Víctor. "A estas horas estaría entre nosotros". En cambio, Dios sabía lo que había sido de él. Mi padre no perdonaba a Juan José que no le hubiera hecho caso cuando le aconsejaba que "se pasara". Ni mi madre ni Víctor aprobaban esta actitud. Mi madre, acompañada de mi hermano vestido de uniforme, hizo gestiones por distintos departamentos oficiales para intentar localizar el paradero de Juan José. Empeño imposible. Había que esperar el paso del tiempo para que las cosas empezaran a aclararse. Por el momento, no había registro ni estadísticas ni siquiera referencias, a nivel individual, sobre el destino de los integrantes del ejército derrotado.

Ignoro si mis padres escribieron o no a Gertrudis, sobre el resultado de estas gestiones. Las relaciones con mi cuñada nunca fueron buenas. Se habían iniciado con el pié forzado de un embarazo no deseado y siguieron una trayectoria absurda hasta terminar en un rotundo fracaso. Ni mi padre, ni mi madre ni Juan José, por un lado, ni Gertrudis, ni sus padres, por el otro, pusieron el más mínimo interés en que el matrimonio superara el rodaje de aquellos primeros meses en Madrid, antes de la guerra. Había un nieto por medio y mis padres ni siquiera se molestaban en ir a conocerlo. Podían haber acompañado a Víctor cuando fue a incorporarse a su destino en la ciudad castellana, pero no fueron, aunque a los dos les hubiera gustado. Seguían sin entenderse en esto, como en la mayoría de las cuestiones que les presentaba la vida.

Recuerdo que fuimos a la estación a despedir a Víctor. Sólo faltaba Lola,

que por aquellas fechas había empezado a trabajar en unos grandes almacenes de la Gran Vía. (Con este empleo mi hermana se salía de la órbita de la familia burguesa tradicional. Ella se las ingeniaba para andar suelta por la vida). A un mes escaso de terminada la guerra, todo eran ruinas y escombros en la estación y sus alrededores. La gente se congregaba en torno a numerosas hogueras que ocupaban el patio de la estación y los andenes. Porque hacía frío, mucho frío. Recuerdo que Víctor se quitó el viejo capote que llevaba puesto –había contado que era la herencia de un compañero muerto en las trincheras– y me lo puso sobre los hombros. Momentos después, al subir al tren, se lo devolví. Y él, me dijo: "¡Hasta la vista, chaval!". Mis padres, mis hermanas, Pedro y yo, permanecimos en el andén viendo como el tren se alejaba. En una ventanilla iba asomado Víctor.

10

Víctor murió en la explosión de un polvorín ocurrida pocos días después en un paraje secreto de la provincia de Valladolid. “Hasta la vista, chaval”, aún podía oír yo cuando nos llegó la noticia de su muerte. El que había pateado los frentes sin recibir ni un rasguño, resultaría destrozado por haber intentado apagar un incendio en un maldito polvorín donde se almacenaban municiones inservibles.

Mis padres fueron a Valladolid y trajeron el cadáver a nuestra casa de Chamberí. Me acuerdo del entierro. La plaza llena de gente. Veo el féretro cuando lo sacaban por el portal cubierto por una bandera. Veo a mi padre entre un grupo de militares.

Ni mi madre ni mis hermanas ni nosotros, los chicos, fuimos al cementerio. Estábamos reunidos en el cuarto de estar y nos mirábamos unos a otros. Nuestra madre había adoptado una actitud de mujer fuerte. Las lágrimas, si le brotaban, no las dejaba correr. De pronto dijo: “La culpa la tiene vuestro padre”. La culpa. La culpa ¿de qué?... Mi hermana Lola lo preguntaba y ella le contestaba: Que Víctor no se habría “pasado” de aquella España dividida en dos, si nuestro padre no le hubiera convencido para que lo hiciera. Víctor no necesitaba haberse movido de casa.

¡Víctor no necesitaba haberse movido de casa! He aquí la manzana de la discordia que enconaría en el futuro la vida de nuestros padres. La muerte de Víctor, en lugar de acercarles –unidos los dos por el mismo dolor– les separó para siempre. Mi madre se aferró a la idea de que sin los consejos de su padre, Víctor no habría ido a parar al polvorín donde encontró la muerte. Por su parte, mi padre no trataba de justificarse. Al contrario, se afianzaba en las múltiples razones que le asistían para explicar a quien quisiera oírle, que se sentía orgulloso de haber influido sobre su hijo. “Tú le has matado” le inculpaba mi madre. “Estas loca, estás para que te encierren”, le replicaba él. Mi padre, que a la euforia por el triunfo de los suyos, unía ahora el honor de ser padre de un héroe –con una medalla concedida al alférez Víctor del Pozo por su comportamiento en el siniestro del polvorín–, se mostraba tanto en público como en privado altanero y mandón, como un perdonavidas de opereta. Además disponía de abundante dinero. Le habían abonado las mensualidades atrasadas desde que dejó de acudir a la oficina y como a tantos otros en su situación, le resultó fácil encontrar un segundo empleo por el que percibía una gratificación. A estos ingresos hay que añadir, andando el tiempo, el de la pensión oficial que correspondía a los padres por la muerte de

Víctor en acto de servicio.

Así que mi padre, encantado de la vida. Su prestigio y popularidad aumentaron en el entorno social en que se desenvolvía. ¡Don Víctor del Pozo! El vecino que había permanecido escondido durante la guerra. El padre del jovencísimo alférez que había muerto en la explosión de un polvorín cuando aún se celebraban en el país, los desfiles por la victoria en la guerra. El padre de ese otro hijo que hizo la guerra con los "rojos", de cuyo paradero no se tenían noticias. Don Víctor del Pozo, padre de tres guapas chicas, el marido de esa doña Regina, con fama de mujer aguerrida y temperamental... Para mi padre, aquellos años que siguieron al final de la guerra, fueron triunfales, como los de los calendarios. No teníamos coche, pero sí radio y teléfono que nos pusieron enseguida, y aunque escaseaban los alimentos a causa de la guerra mundial, a nosotros no nos faltaba nada. En el economato militar nos suministrábamos de los artículos más importantes.

Mi madre continuaba con el parvulario. Sin embargo esta fuente de ingresos no le duraría mucho tiempo. Como le había sucedido a mi padre al principio de la guerra, que lo denunciaron por ser de derechas, a ella la acusaron ahora de ser de izquierdas. Y tuvo que cerrar el colegio. Una vez más quedaba a expensas de mi padre para los gastos que se hacían en la familia, que entonces formábamos ellos dos, o sea, mis padres, mis tres hermanas, mi hermano Pedro y yo, y claro está, la criada. Mi hermana Lola trabajaba en los almacenes Sepu, pero en casa no entregaba ni un céntimo de su sueldo. Todo lo que ganaba lo gastaba en vestidos y clases de idiomas.

Mis recuerdos de aquellos años tienen por fondo las discusiones entre mis padres. Mi madre pretendía que los ingresos fueran a parar a una cuenta corriente, de la cual pudieran disponer los dos como habían hecho en otros tiempos. Pero mi padre se negaba a concederle ese deseo.

Esta situación se prolongaría durante varios años, hasta el final de la segunda guerra mundial. En ese tiempo estudié el bachillerato, en el Instituto Cardenal Cisneros. En mis comienzos no había sido mal estudiante. Al contrario, los estudios se me daban bastante bien. Sobre todo, las letras: la historia, la literatura y todo éso. Tenía, según mi madre, una estupenda memoria. En las ciencias y las matemáticas, flojeaba algo, pero tampoco era para tanto, nunca me suspendían. Además de memoria, según mi madre, me caracterizaba otra buena cualidad: amor propio. Quería ser siempre el primero. Ja! Ahora, sólo pensarlo me causa risa. Pero sí, reconozco que hubo un tiempo en que destacar en la clase era mi objetivo primordial. ¡Aquellas clases de primero, segundo, tercero, cuarto!... Al llegar al quinto curso mi trayectoria estudiantil se torció, sabe Dios por qué. Ya no me interesaban tanto los estudios ni ser el primero de la clase. Me gustaba vagabundear, ir al cine, jugar al futbolín, que sé yo... ¿Influyó sobre mí el absoluto divorcio que existía entre mis padres? Tampoco lo sé. Desde luego, la vida que se

desarrollaba a mi alrededor, cambiaba a pasos agigantados. Ahí tenía el ejemplo de mi hermana Lola, que se había negado a estudiar una carrera y que de buenas a primeras había conseguido un empleo de azafata en la compañía Iberia. Claro que Lola era especial. Con eso de que había aprendido inglés, hacía lo que le daba la gana. Unas veces iba a comer y a dormir a casa. Otras, pasaban semanas sin que supiéramos de ella. Nunca reclamaba nada. Si mis padres la regañaban, les daba la razón. Una táctica que empecé a utilizar yo, cuando el aprovechamiento en los estudios, hizo que mi madre se alarmara.

"No te preocupes, mamá. Confía en mí". El caso es que entre junio y septiembre, sacaba mis cursos, a pesar de haber holgazaneado quizá más de la cuenta. O sin quizá. Te dejas llevar de la corriente y cuando te percatas, te empiezan a salir canas.

De mi hermano Juan José me gustaría recordar algunas cosas. Si no fuera por las fotografías que mi madre conservaba de él, me habría olvidado de cómo era. Pasaron muchos años hasta que recibimos noticias suyas. Contaba en la primera carta que nos escribió, que vivía en la ciudad francesa de Narbona. Se había vuelto a casar y tenía una hija de unos meses. Era dueño de una tienda de aparatos eléctricos y su mujer trabajaba de profesora en un instituto. Su mujer se llamaba Teresa y su hija Danielle. Contaba también que desde el final de la guerra mundial había vivido varios años en Moscú. Hacía dos que había vuelto a Europa, a Francia. Tenía amigos en Narbona; por eso se había establecido en esta ciudad. Insistía en que vivía muy bien y que no tenía intención de regresar a España, mientras Franco estuviera en el poder. En la carta no hacía alusión alguna a su familia de Valladolid.

Cuando la recibimos estábamos en casa mi madre y yo, y "Sinfo", que fue quien subió la carta de la portería. Iba dirigida a mi padre. "Sinfo" me la entregó a mí y yo enseguida me di cuenta, por el sello, que procedía de Francia. Así que antes de leer el remite, ya sabía que se trataba de Juan José. Di un grito y corrí al cuarto de estar donde se encontraba mi madre. Para qué voy a contar su júbilo. ¡Juan José estaba vivo! Después de leer la carta, mi madre se refugió en su habitación mientras yo comentaba con "Sinfo" la buena nueva. Cuando mi madre salió, me dijo que llamara a mi padre a la oficina. Le llamé, le expliqué de qué se trataba y al poco rato le teníamos allí. Estaba furiosísimo. ¡Un hijo suyo viviendo en un país comunista; un hijo suyo bígamo!

—Prefería que lo hubieran matado en la guerra! –le dijo a mi madre cuando estuvieron frente a frente.

Y este fue el motivo de que volvieran a enzarzarse. Entre otras cosas, mi padre ácusaba a mi madre de que le hubiera abierto una carta que iba dirigida a él. ¡Como si ese detalle tuviera importancia al lado del inmenso gozo que la carta significaba! Juan José vivía!...

11

No recuerdo exactamente cuando empezaron a complicarse las cosas. Yo iba a la Universidad a estudiar Derecho (bueno, es un decir). Mis hermanas seguían con sus carreras respectivas. Pedro, con la suya ya terminada, un día nos dijo "me voy", y se fue. Había encontrado empleo en unos grandes almacenes. Pasó mucho tiempo sin que le volviéramos a ver. Un día vino por casa y nos anunció que se casaba con la hija de su jefe. Su visita tenía por objeto invitarnos a la boda. Yo no recuerdo haber ido. Mis hermanas tal vez lo hicieran. Pedro ya vivía por esas fechas en el Paseo de la Castellana.

Y nuestros padres siempre discutiendo. ¿Qué pasaba? Según mi madre, mi padre había vuelto a enfangarse con el juego. Ella no podía hacer más milagros con la asignación que mi padre le fijaba cada primero de mes. Aquello no podía seguir así. Entonces se le ocurrió acudir al ministerio para exponer a los jefes de mi padre la situación familiar con el remedio que consideraba apropiado. Que el sueldo se lo abonaran a ella, a través de una cartilla en el banco. En el Ministerio le dijeron que eso no lo podían hacer, pero que tratarían el asunto con mi padre.

Conociéndole a él, no me explico cómo mi madre pudo llegar a dar un paso tan atrevido. El caso es que lo dio y consiguió que en la cartilla de ahorros donde sólo figuraba mi padre la incluyeran a ella y que fuera también ella quien la guardara y custodiara. En consecuencia, a partir de entonces los movimientos de dinero los controlaba mi madre; para eso era el ama de casa. La distribución la hacía sin contemplaciones. El que no estuviera conforme, que se buscara la vida por su cuenta. A mi, en aquellos tiempos, las cuestiones monetarias me tenían sin cuidado. Si tenía dinero lo gastaba y si no me las ingeniaba como podía, incluso dando sablazos. Y no recuerdo haberlo pasado mal por este motivo. En cambio mi padre siempre estaba de mal humor, amenazaba con pegarse un tiro o tirarse al Metro. Lo de tirarse al Metro se lo oí decir en más de una ocasión.

Dormía en el sofá del salón. Más que el dueño de la casa parecía un huésped. A la pobre "Sinfo" la trataba como una esclava. Yo temía que la sirvienta nos dejara empantanados en cualquier momento. Afortunadamente no sucedió así. "Sinfo" continuaba entre nosotros con una adhesión que resultaba impagable. Sin ella, la familia se hubiera ido al garete muchos años atrás.

Ocurrió que de buenas a primeras, mi padre empezó a sufrir cólicos nefríticos. "Las piedras", "las arenillas" o lo que fuera, se le atascaban en el

riñón produciéndole, según él, dolores insoportables. Como el problema no se arreglaba con calmantes, los médicos aconsejaron la visita al quirófano. (Una visita a la que mi padre se resistió porque le causaba pavor). Pero al fin le operaron y entonces se descubrió que sólo tenía un riñón: el derecho. Mejor dicho tenía los dos, pero el izquierdo estaba atrofiado probablemente desde su infancia.

La intervención que le hicieron le solucionó por un tiempo los problemas. Creo recordar que incluso llegó a incorporarse a su trabajo. Sin embargo pronto le volvieron los cólicos y fue necesaria una segunda operación. Como no era cosa de pasar por el quirófano cada tres por cuatro, el especialista que le trataba aconsejó la aplicación del riñón artificial, una medida que planteaba a la familia el problema de decidirse por la medicina pública o la privada. Aquélla significaba ponerse en la cola y ser atendido cuando le tocara. La privada suponía gastos fuera del alcance de la familia. (Se habló de acudir a Pedro, pero mi madre se negó).

Mi padre podía seguir como estaba. Su salud requería mil cuidados que le prestaba mi madre con la ayuda de "Sinfo". Los hijos rara vez echábamos una mano. Me incluyo yo mismo. No quiero ponerme medallas que no me corresponden. No sentía mucho cariño hacia él. Y mis hermanas, menos aún. En tan crítica situación y puesto que no daba golpe en los estudios, podía haber sido el primero en ofrecerme para buscar algún tipo de trabajo, pero me desentendía egoístamente del asunto. Tampoco mis hermanas se ofrecieron.

Al final, mi madre –que para el control de los dineros era única–, hizo sus cálculos y llegó a la conclusión de que disminuyendo nuestros gastos y con un pequeño préstamo del banco, podíamos enfrentarnos con el tratamiento del riñón artificial. "Ya lo sabéis", nos dijo. "Hay que apretarse el cinturón".

De este modo mi padre tuvo sus diálisis y la familia siguió aparentando una vida normal aunque las privaciones y los sacrificios nos colocaban, de puertas adentro, al nivel de las familias más pobres del barrio. "Sinfo", que contra toda lógica compartía nuestras miserias, continuó acudiendo al mercado con la deteriorada bolsa de hule que usaba la familia desde tiempo inmemorial. Una bolsa que al regreso de la compra, lamentablemente, cada vez le pesaba menos.

12

Mi padre no soportó las diálisis mucho tiempo. El tratamiento con el riñón artificial no resucita a un muerto y mi padre lo era por lo debilitado que estaba cuando lo empezó. Durante tres o cuatro meses sufrió las pesadillas de las diálisis. Al principio le hacían el tratamiento un día a la semana, después dos días y al final, tres. Llegado a este extremo –ocho horas en cada diálisis acoplado al aparato– renunció a la lucha. Murió como había vivido: renegando de todos y de todo.

Recuerdo que mi madre nos reunió a los hermanos después del entierro y nos dijo que teníamos que continuar "apretándonos el cinturón". La enfermedad de nuestro padre nos había dejado con la cartilla a cero. Ella no se conformaba con una situación que dejaba a su familia en la cuneta, mientras otras muchas, la mayoría, empezaban a recuperarse de los desastres de las dos guerras, la nuestra y la mundial. Por eso buscó la manera de ganar algún dinero dando clases particulares, especialmente de latín, a chicos y chicas del barrio que necesitaban ayuda en sus estudios y que acudían a nuestra casa cuando salían de los colegios.

Una de las alumnas, ya mayorcita, era Maruja, la hija del señor Dionisio, dueño del ultramarinos del otro lado de la plaza, con la cual me cruzaba en el portal algunas veces, Maruja me recordaba a la actriz norteamericana, entonces de moda, Bette Davis, por sus ojos grandes y saltones.

En esta etapa mi madre fue recuperando su vitalidad. Enseguida nos empezó a hablar de un proyecto que acariciaba desde hacía tiempo: viajar a Narbona, para abrazar a Juan José. El dinero de las clases lo reservaba para el viaje. Sin embargo, solía ocurrir que se presentaba un gasto urgente no previsto para la casa y allá se iban los miles de pesetas que había conseguido reunir. De este modo pasaría el tiempo hasta que el sueño del viaje a Narbona se hiciera realidad.

Pero al fin fue a Narbona y regresó encantada. Había comprobado por sí misma que Juan José no nos mentía en sus cartas cuando hablaba de lo bien que vivía. Tenía televisión en casa, y coche. En su tienda de aparatos eléctricos –instalada en una de las principales calles de la ciudad– se vendía desde simples enchufes hasta televisores. Con lo que ganaba en la tienda y el sueldo de su mujer, le sobraba a Juan José para una vida holgada, sin agobios económicos. Mi madre había encontrado en Teresa, la mujer de mi hermano, una persona encantadora con la que resultaba fácil entablar una relación de amistad. De la nieta, de Danielle, aseguraba mi madre que era una niña

preciosa. Con semejante panorama en la vida de mi hermano ¿qué podía decir uno...? ¡Qué suerte!

Respecto al asunto del matrimonio, según informaron a mi madre, Juan José y Teresa estaban casados por lo civil, conscientes ambos del peligro que corría Juan José, si la mujer de Valladolid tiraba de la manta. Por el momento, el problema de la bigamia no parecía importar a ninguno de los dos.

El relato de cosas agradables que mi madre encontró en su viaje a tierras francesas, se alargaba con el conocimiento de los padres de Teresa, un matrimonio que se había desvivido por obsequiarla. Y también quiero mencionar aquí a Danielle, mi sobrinita, entonces una cría, que aparecía en las fotos que trajo mi madre, con unos ojos y una sonrisa –¡chiquilla descarada y coqueta!– que enamoraban a cualquiera.

13

Ha llegado el momento de hablar del divertido negocio que mi madre se sacó de la manga con el fin primordial de ganar dinero (y no excluyo que albergara también otras intenciones como con el tiempo se verá). Había traído del viaje un tocadiscos, regalo de Juan José, y discos de música bailable, con ritmos y orquestas por entonces de actualidad. En cuanto lo encendimos, mis hermanas se pusieron a bailar y animaron a mi madre, que también bailó y yo no quise ser menos y las acompañé. Las cuatro, ellas y yo, lo hacíamos muy bien.

Este fue el primer chispazo de la idea que a mi madre se le ocurrió: enseñar a bailar a la gente. Teníamos tocadiscos, discos, el salón, el piano, y mis hermanas, ella y yo como profesores.

La empresa parecía descabellada. En estas dudas estábamos, cuando Lola, la trotamundos, se presentó en casa acompañada de un joven inglés, un tal Jorge, que resultó ser un gran aficionado a los bailes modernos.

En cuanto Lola y Jorge se enteraron de los planes de mi madre sobre la academia de baile, se pusieron inmediatamente a su disposición y no sólo eso sino que la animaron. Al final, mis hermanas y yo nos prestamos a participar en el experimento. No se perdería gran cosa si no daba resultado. Yo, con tal de no estudiar...

Empezamos y los interesados acudían a bailar. Fueron pasando las semanas, los meses. Calculo que la academia funcionaría desde una primavera hasta un otoño. En ese tiempo desfilaron por nuestro salón, multitud de hombres y mujeres de distinto pelaje. Desde oficinistas y mecanógrafas, hasta médicos y abogados del Estado, como más adelante contaré. Nuestra madre se ocupaba del tocadiscos y cobraba las entradas. Los demás bailábamos. ¡Si mi madre supiera que no tenía aprobada ni una asignatura de la carrera de Derecho, se moría del disgusto! Resulta difícil creerlo, pero era la pura verdad. Yo, por las mañanas, fingía que iba a la universidad. Ni la pisaba. Me gustaba deambular por las calles, ir a las estaciones a ver los trenes. Una de mis aficiones favoritas consistía en remar en el estanque del Retiro. Para eso necesitaba dinero y a veces no lo tenía. Mi madre me pagaba un sueldo, según las veces que hubiera intervenido de pareja, que podían ser tres o cuatro en cada jornada.

Entre mis clientas tuve a Maruja, la hija del señor Dionisio. Su madre habló con la mía. Pretendía que Maruja aprendiera a bailar y me eligió a mí como profesor. Apenas me llegaba a la altura del pecho. Cuando levantaba los ojos hacia mí, veía la cara de Bette Davis sonriéndome.

En aquel tiempo, no es que nadáramos en la abundancia, pero tampoco pasábamos estrecheces. “Sinfo”, la criada, llevaba dinero contante y sonante para hacer la compra; no como años atrás en los que mi madre recurría al crédito en las tiendas como solución normal. Ahora vestíamos mejor que nunca. En ese aspecto, nuestra madre era muy exigente, supongo que con razón. La cuestión es que particularmente, las cosas me iban bastante bien. ¿Por qué preocuparse por estudiar? Que lo hicieran los que aspiraban a conquistar el mundo. A mí que me dejen en paz de historias.

Debo reconocer que aunque parezca extraño, mi hermana Lola y el inglés Jorge daban buen resultado como profesores de baile. Lo malo es que les gustaba la vida nocturna. Bebían demasiado y cuando regresaban de madrugada llegaron a provocar algún que otro escándalo con intervención del sereno de la vecindad. Mi madre tuvo que llamarles la atención. Pero eso no fue lo peor. Habíamos llegado al final del verano. En Madrid hacía mucho calor. En las casas, la gente dormía con los balcones y las ventanas abiertas. Y una noche ocurrió que Lola y Jorge, cuando de madrugada llegaron a su habitación se pusieron a hacer el amor con la ventana abierta, sin preocuparse de apagar la luz. La habitación daba a un patio interior, con numerosas ventanas, de nuestros pisos y de las casas contiguas de Santa Engracia. Alguien les descubrió y se armó la escandalera. Ellos, que estaban desnudos, en lugar de cerrar la ventana, se enfrentaron con los vecinos, intercambiándose entre unos y otros, gestos e insultos hasta que al final tuvo que intervenir la policía.

Recuerdo aquella noche, porque fui yo quien acompañó a mi hermana y a su Jorge a la comisaría. No estaban preocupados ni mucho menos. Declararon y nos dejaron marchar. Pienso que el incidente incluso divertía a los policías. No hay que olvidar que mi hermana era una mujer bandera y eso soluciona muchas dificultades.

Cuando llegamos a casa nuestra madre nos esperaba levantada. Se notaba que estaba tensa, a punto de estallar, pero mi hermana y su amigo no lo advirtieron o no le dieron importancia. Bromeaban entre ellos, se reían, se burlaban de los vecinos que habían participado en el escándalo. Y sin venir a cuento se pusieron a hacer elogios del nudismo que practicaban, según decían, cuando se les presentaba la ocasión.

Mi madre callaba. Y cuando ellos lo hicieron, se dirigió a Lola:

—Dile a Jorge que te espere en la habitación. Quiero hablar contigo.

Jorge no necesitaba traducción, así que se retiró antes de que Lola le dijera nada. Nos quedamos los tres solos: nuestra madre, mi hermana y yo. (Supongo que mis otras dos hermanas estarían durmiendo).

—Me siento avergonzada y en ridículo –dijo mi madre–. A ver con qué cara me presento yo a partir de mañana ante los vecinos.

—Mándales a la mierda –dijo Lola sin calcular, me parece a mí, el alcance

de sus palabras.

Nuestra madre reaccionó con exagerada violencia.

—¡A la mierda te vas tú con tu amiguito! –exclamó y añadió cada vez más excitada: –Coged la maleta y largaos.

Lola pudo haberse excusado, pero no lo hizo. Al contrario, intentó bromear.

—Venga, mamá. No me hagas reír.

Mi madre le repitió el ultimátum:

—Ya lo has oído. Mañana no quiero veros por aquí.

Esto fue lo que dijo mi madre. Intenté interceder a favor de mi hermana y sólo conseguí que se revolviera contra mí.

—Tú, cállate, imbécil!

No solía insultarme pero cuando se le soltaba, no tenía pelos en la lengua.

Lola y Jorge se marcharon al día siguiente.

14

Mi hermana María del Mar estudiaba magisterio con intención de dedicarse a la enseñanza, para la que tenía excelentes condiciones como había demostrado con los niños del parvulario. En las lecciones de baile se comportaba con seriedad, no como Lola y Estrella, que a veces se salían del protocolo y mi madre tenía que llamarles la atención. Quizá por eso, por su seriedad, se fijó en ella un abogado del Estado que empezó a acudir a las clases. Antonio Cifuentes Orbegozo –recuerdo ese nombre porque saldría a menudo en las noticias y comentarios de la prensa– bailó con María del Mar y se enamoró de ella, y mi hermana de él. Que yo sepa, María del Mar nunca había tenido novio, y por lo que Antonio me contaba, tampoco él había mantenido relaciones con ninguna mujer.

Antonio vivía con sus padres en el Paseo de Rosales. Su padre era médico. Tenía un hermano notario y otro médico. Una hermana estaba casada con un político, cuyo nombre sonaba mucho. En casa, todos nos enteramos de que María del Mar salía con un chico. "Ese chico" –todo un señor abogado del Estado– era tan modesto, tan sencillo como el más humilde empleado de banca. Y digo empleado de banca porque yo también lo fui, gracias a Antonio. Pasado un cierto tiempo en que empecé a relacionarme con el novio de mi hermana –me caía muy bien, desde luego–, él me buscó un empleo en un banco. Era un detalle para agradecérselo toda la vida. Lo que pasa es que yo... Sí, empecé a trabajar, pero el asunto terminó mal, como me ocurre siempre. Te confías y descuidas la tarea y a las primeras de cambio, a la calle. Nadie puede confiar en un vago, que eso soy yo, un vago de siete suelas. No tengo remedio.

Pero sigo con la historia de mi hermana y Antonio. Parecía que todo iba bien. Se les veía muy compenetrados. Por mi parte nunca observé en su comportamiento nada anormal y eso que me relacionaba bastante con ellos, al margen de los encuentros en el salón de baile. Muchas veces les acompañaba a tomar una copa por los bares de los alrededores de la plaza. Que Antonio estaba enamorado se observaba en infinidad de detalles. El pobre hombre trataba a María del Mar con exagerado y a veces cómico respeto. Ella –no sé si aleccionada por nuestra madre, supongo que no– tampoco se prestaba a ciertas libertades que no estaban bien vistas en las costumbres de aquellas épocas. (No mucho tiempo después se romperían las barreras y sería el desmadre). Antonio –un tipo regordete, con bigote– era de los que separan la silla y luego la acercan por detrás para que la chica se siente, haciendo lo

mismo pero al revés, al levantarse. Antonio era de los que al despedirse y mientras te estrechan la mano, inclina la cabeza en señal de respeto y acatamiento. No le besaba la mano a María del Mar porque entonces ya no se llevaba ese gesto con las mujeres solteras. Pero sí se la besaba a nuestra madre cada vez que se encontraba con ella, lo cual se hizo más y más frecuente a medida que pasaba el tiempo y las relaciones entre los enamorados iban afianzándose.

Antonio ya "entraba" en casa. En alguna ocasión incluso se quedó a cenar. Mi madre se mostraba cautelosa. Antonio Cifuentes Orbegozo –abogado del Estado, familia de personajes a cuál más importante, con un nivel de vida infinitamente superior al nuestro– no acababa de entrarle a mi madre por el ojo derecho. Sencillamente, desconfiaba. No sé si esa es la expresión correcta; tal vez lo sea en vista de lo que ocurrió después.

Lo que ocurrió no es fácil contarlo. Cuando lo pienso no lo acabo de entender. Recuerdo que un día estábamos mi madre y yo, y ellos dos –María del Mar y Antonio–, reunidos en el cuarto de estar tomando café, –o quizá un té, con Antonio había que dárselas de finos–, y la conversación derivó, sabe Dios por qué vericuetos, hacia sus antecedentes familiares. Yo estoy seguro de que no intentaba presumir ni nada de eso, pero se calentó y empezó a hacer desfilar ante nosotros, una caterva de familiares ilustres –¡los Cifuentes, los Orbegozo!–, que debían venir desde la Edad Media hasta ayer como quien dice. Yo notaba que mi madre se ponía nerviosa a medida que Antonio avanzaba en los pormenores de su historia familiar. Haciendo un esfuerzo procuraba contenerse. Pero al fin le interrumpió.

—Un momento, Antonio y dirigiéndose a María del Mar, le preguntó: –¿Le has dicho a Antonio que tu abuelo era cura y que tienes un hermano en Francia que perteneció al ejército republicano?

Aquella salida de tono hizo que mi hermana y yo nos miráramos con la boca abierta.

—Sí, hija. Esas cosas hay que decirlas –siguió mi madre–. También debe saber...

—¡Mamá!

—¿Qué pasa? Antonio nos habla de su familia y yo hablo de la nuestra. También debe saber que un hermano tuyo, que era alférez, murió en la explosión de un polvorín apenas terminada la guerra...

María del mar se levantó y se encaminó a la puerta:

—Bueno, mamá –dijo–. Dejemos eso para otro día. Antonio, te acompaño.

Antonio la siguió, olvidándose de besarle la mano a mi madre como solía hacer.

—¡Doña Regina! ¡Luis! –se despidió con un golpe de tacón. De verdad, a veces resultaba un poco gilipollas.

Miré a mi madre. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué sacar a la luz lo

del abuelo cura y el hermano republicano?

—Las cosas claras. ¿No te parece, Luis? Estaba segura de que María del Mar no se lo había dicho.

Yo no alcanzaba a comprender sus propósitos.

—Antes debiste consultarlo con ella –fue lo que se me ocurrió.

—¿Consultar qué?...

Y entonces regresó María del Mar.

—Has metido la pata –le gritó a mi madre, muy enfadada–. ¿Por qué has tenido que decirle nada? Ya se lo diría yo.

—Un momento, María del Mar. A mí no me grites. Me parece muy bien que Antonio nos pase por delante de las narices, los títulos y blasones de su familia. Pero nosotros también tenemos nuestra historia y si estás dispuesta a emparentar con él, es mejor que la conozca para que luego no ocurran cosas.

—¿Cómo qué?

—Yo sé lo que me digo. Y tú también.

—¿Pero de qué hablas, mamá?

—De la diferencia de clases sociales, de las ideas políticas. Por qué vamos a ver, María del Mar, ¿por qué le has ocultado a tu novio que el padre de tu madre era cura y que tienes un hermano republicano de los que perdieron la guerra?

—Porque no se ha presentado la ocasión.

—¿Esperas que te crea? No se lo habías dicho por miedo a que esas circunstancias familiares influyeran sobre él.

—Antonio me quiere por encima de pequeñeces como las que dices. En cualquier caso, debiste consultarlo antes conmigo. No soy una niña.

—Puede que tengáis razón, perdona.

Así fue, más o menos, aquella conversación, según creo recordar. Para desgracia de mi hermana, y de todos, el instinto de nuestra madre acertaba una vez más. El romántico Antonio, cambió de la noche a la mañana. No parecía el mismo. Ya no había llamadas telefónicas ni visitas a nuestra casa, ni obsequios. Continuaba saliendo con María del Mar, pero cada vez menos, según mi hermana, para pasar el tiempo discutiendo y haciéndose daño mutuamente. Al final, todo se acabó. María del Mar se quedó sin novio.

Lo pasó muy mal. Se había hecho muchas ilusiones con su Antonio y le costaba renunciar a ellas. Lo que más le dolía era la sinrazón de la ruptura. Que Antonio y su familia –porque según ella, la familia de Antonio había intervenido también en el asunto– le pusieron el veto por razones completamente absurdas, ajenas a su persona. ¿Qué tenía que ver que su abuelo hubiera sido cura, o que el hermano republicano que vivía en Francia, fuera bígamo?... Sí, los Cifuentes Orbegozo se habían enterado de que Juan José estaba casado dos veces.

Fueron unos meses difíciles incluso para la convivencia entre mi madre y

mi hermana. María del Mar le echaba la culpa a nuestra madre de lo que le estaba sucediendo. Y mi madre esperaba que pasara el tiempo para que las aguas volvieran a su cauce.

Pero no volvieron. El que volvió fue él, Antonio, con la pretensión de reanudar las relaciones amorosas con mi hermana, como si no hubieran existido aquellos meses de interrupción. Y se encontró con un rotundo "no". Insistió. María del Mar se mantuvo en sus trece. Antonio no se resignaba. La llamaba por teléfono a todas las horas, le enviaba regalos que ella le devolvía sin abrir, la esperaba por las esquinas, la seguía en el Metro... Mi hermana hablaba de denunciarle por la persecución de que la hacía objeto.

Nadie ha conseguido explicarme por qué María del Mar accedió, al fin, a reunirse con Antonio en el parque del Retiro. ¿Había cambiado la actitud de mi hermana? ¿Volvía a querer a Antonio?... Jamás lo sabremos. Aquella noche sonaron dos disparos en una zona oscura del Parque. Antonio había disparado primero sobre María del Mar y a continuación se había matado él mismo. ¿Asesinato, suicidio compartido? Tampoco lo sabremos nunca. El suceso hizo correr ríos de tinta. La justicia archivó el caso y mi madre, que podía haber intentado complicarle la vida a la familia de Antonio prefirió conformarse con la resolución judicial.

Alguien podría pensar que su conformidad se habría conseguido a cambio de dinero –dado el elevado nivel social de la familia Cifuentes Orbegozo. Pues bien, puedo asegurar que no hubo tal cosa. Mi madre tenía mucho orgullo para aceptar ningún tipo de soborno. Se tragó su dolor y no quiso saber nada de recursos y reclamaciones.

15

No hacía mucho que habíamos enterrado a María del Mar. Aún flotaba en el ambiente el lamentable episodio de su muerte. Fue en esos momentos cuando mi hermana Estrella nos habló de que Gumersindo Cardoso –el médico peruano con el que venía saliendo desde los tiempos de la academia de bailele había pedido que se casara con él. La urgencia se debía a que Gumersindo, que había concluido sus estudios del Doctorado en la Complutense, acababa de recibir una comunicación de las autoridades de su país, nombrándole director de un hospital, cargo del que debería tomar posesión en el plazo perentorio de tres semanas.

—¿A ti que te parece, mamá?

Nuestra madre dudaba.

—¿Le quieres? –preguntó al fin.

—Supongo que sí –contestó Estrella.

—¿No estás segura?

—Y yo que sé. ¡Querer! ¡Amar! Son palabras, palabras nada más.

Nunca había tenido a Estrella por una chica romántica. Como tampoco lo era Lola. Pienso que coincidían las dos con el sentir de nuestra madre.

—Dile a ese muchacho que venga a hablar conmigo –dijo mi madre.

—Me está esperando en el café de la esquina –dijo Estrella.

—Pues que suba.

Estrella salió disparada. A los pocos minutos la pareja entraba en nuestra casa. Asistí a esa entrevista como hermano de la novia. Gumersindo Cardoso puso inmediatamente las cartas sobre la mesa. Aseguraba estar enamorado de Estrella, dispuesto a casarse y llevársela al Perú. Medios económicos no le faltarían para mantener una familia. Por otra parte, pertenecía a una saga de comerciantes, de ascendencia española, establecida en la ciudad de Lima desde hacía muchísimos años. Mi madre, escarmentada quizá por lo ocurrido con María del Mar, no hizo alusión alguna a nuestra ascendencia sacerdotal.

Gumersindo tenía preparados los documentos para una boda inmediata. No le faltaba un papel, incluso el del Hospital que le ofrecía empleo con la urgencia de incorporarse. Todo lo tenía en regla.

Antes de que mi madre le hiciera ninguna objeción, se adelantó a decirnos que los gastos de la boda, los pagaría él. Así de claro y explícito se mostró nuestro hombre.

Frente a este panorama ¿qué reparos cabía hacer?... Ninguno. Bueno, quizá el de averiguar, cómo era en realidad Gumersindo. A nosotros –a mi madre y

a mí– por el momento nos parecía un buen sujeto. Pero la incógnita sobre su verdadera personalidad sólo podría resolverla Estrella con el transcurso del tiempo, en el trato diario.

A las dos semanas se celebró la boda en la parroquia donde el abuelo de la novia había ejercido de coadjutor. A la ceremonia asistimos mi madre, la criada y yo, por parte de la novia y dos amigos por parte del novio. Eran las nueve de la mañana y hacía mucho frío. Estábamos en Navidad. Desde la iglesia fuimos todos a desayunar al Café Comercial, en la Glorieta de Bilbao, en el que Gumersindo había encargado el día anterior un desayuno especial.

Y en eso consistió la boda de mi hermana. Por la tarde tomaron el avión en Barajas. Recuerdo que cuando se marcharon mi madre se quedó pensativa y comentó:

—¿Qué se le habrá perdido a tu hermana en el Perú?

Y es que –estoy seguro de ello– no las tenía todas consigo.

16

Vivo sólo con mi madre. Ella cobra dos pensiones del Estado: como viuda de mi padre y como madre de mi hermano Víctor. Entre las dos pensiones apenas reúne lo necesario para ir tirando. Yo gastaba poco. A veces la ayudaba con mis escasas aportaciones. He trabajado de recadero, dependiente, albañil, empleado de un banco, vigilante de unos almacenes... Siempre con el fondo de unos estudios que tengo abandonados desde hace siglos, aunque a mi madre la mantenga enganchada a la esperanza de que algún día, quizá pronto, terminaré la carrera de Derecho. También he estado apuntado al paro, pero esa solución ya no me sirve. Soy demasiado informal, lo reconozco.

En esa tesitura nos comunica Juan José desde su Narbona, que sus suegros, los franceses, venían a Madrid a pasar unos días. Naturalmente, se trataba de que se alojaran en nuestra casa. Bien, dijo mi madre, pero resultaba que en aquellos días la bolsa del dinero la tenía casi vacía. Entonces decidió acudir al señor Dionisio, que ya en otras ocasiones la había sacado de apuros. Contaba con sus pensiones para devolver el préstamo a primeros de mes, fecha que no quedaba lejos. Con este motivo le llamó por teléfono y el buen señor accedió a prestarnos las veinticinco mil pesetas que mi madre le solicitaba. Fui yo mismo a recoger el dinero, que me entregó su mujer, en un sobre y yo, por pura cortesía, le pregunté por Maruja. Me contestó que estaba muy bien y sin otros preámbulos, cogió el teléfono, llamó a Maruja y le dijo que bajara, que yo, Luis del Pozo, la esperaba en la tienda. Vivían en un piso de la misma casa.

Maruja apareció enseguida. Nos apartamos hacia un extremo del mostrador para no estorbar a la clientela y allí, de pie, estuvimos hablando unos momentos. Bueno, hablando es un decir. A mí, si digo la verdad, no me salía una palabra del cuerpo.

Y ella me miraba con sus ojos de Bette Davis y tampoco arrancaba... Ah!... ¡Bueno!... ¡Sí!... Nos veríamos alguna tarde... La llamaría... Ahora venían a pasar unos días con nosotros, unos amigos franceses... Después...

Que yo le gustaba era evidente. Pero ella en mí no despertaba ningún sentimiento. Puede que un poco de simpatía. Se acercó su madre a donde estábamos y nos dijo que teníamos que vernos con más frecuencia y nos animó a salir juntos. Y yo, sintiendo el bulto de los billetes en el bolsillo, ¿qué iba a decir? Sí, señora, tiene usted razón... Bueno, pues Maruja salió conmigo hasta la acera y seguía mirándome como si esperara algo más de mí... No tuve más remedio que ponerle buena cara. Entonces me cogió la mano y me la

apretó con una fuerza que me sorprendió.

—¡Eres muy guapo, Luis! –me dijo.

Yo salí pitando. Cuando llegué a casa le conté a mi madre lo que me acababa de pasar con Maruja.

Y ella primero se echó a reír, pero luego me dijo:

—¿Sabes, Luis? Quizá sea tiempo de ir pensando en casarte.

Era la primera vez que sacaba a relucir el asunto de mi casamiento. Y como me di cuenta de la relación entre las palabras de mi madre y lo que significaba la hija del señor Dionisio, le dije que con "ésa", con la Maruja, que no.

—Es una chica muy modosita y muy buena –fue su comentario.

—Ya. Pero yo no tengo ganas de cargar con ella –le repliqué.

Las cosas quedaron así. Llegaron los franceses y pasaron una semana con nosotros. Traían su coche y su buena provisión de francos, que cambiaban aquí por pesetas. Salvo las comidas que hacíamos en casa, los demás gastos los pagaban ellos. ¿Mi madre viuda y yo sin trabajo?... El marido, que hablaba algo de español, disfrutaba sacando la cartera y adelantándose a pagar. Mi madre y yo les acompañamos a recorrer Madrid. También fuimos a Aranjuez y El Escorial. Buena gente. La señora simpatizó inmediatamente con mi madre. Había que verlas a las dos el día que fuimos a El Escorial. Me acuerdo de aquella mañana, me acuerdo de cuando paseábamos por la explanada del monasterio, con el sol encima y un cielo limpio, nítidamente azul. Los cuatro, ellos dos, y mi madre y yo. El marido sacaba fotos. Algunas de estas fotos nos las enviarían más adelante, desde Narbona y pasarían a figurar en los álbumes de mi madre. Yo siempre he sido indiferente para este asunto de las fotos. Ni me gusta sacarlas ni me gusta que me saquen. Vivir el presente y adiós muy buenas a los momentos que se van.

Ya, pero sin las fotos no hubiera conocido "todavía" a Danielle. Danielle, mi sobrina, la hija francesa de mi hermano Juan José. (Del sobrino vallisoletano no puedo decir nada: ni siquiera lo conozco). Una de aquellas noches, en casa, de sobremesa de la cena, la mujer sacó unos sobres, con fotos de la familia, y nos las fue mostrando a mi madre y a mí. Las fotos empezaban varios años atrás y en ellas aparecían Juan José, con su mujer y su hija Danielle. En algunas también estaban los abuelos... Fotos como aquéllas nos las había mandado Juan José a lo largo de los años. Pero había un salto en que, o no se había hecho fotos, o Juan José se había olvidado de mandárnoslas. Y en ese tiempo reflejado en las fotos actuales, se había producido la transformación de su hija, de niña a jovencita. Danielle. Era esbelta, muy guapa. A mí no me hacían falta los comentarios elogiosos que los abuelos hacían de su nieta, para quedar atrapado en su encanto.

17

A Primeros de mes, mi madre me encomendó que fuera a la tienda a devolverle el préstamo al señor Dionisio. Podía haber enviado a "Sinfo", pero prefirió que fuera yo. Y fui. Ya me había olvidado de Maruja y su "Eres muy guapo, Luis". Así que me acerqué a la caja, donde la madre se ocupaba de cobrar a la clientela y le entregué un sobre donde mi madre había introducido las veinticinco mil pesetas del préstamo (que por cierto, no llegamos a gastar ni la mitad).

—¡Dioni! –le gritó al marido que andaba por allí–. Ocúpate de la caja.

Me cogió del brazo.

—Maruja quiere hablar contigo. Está en casa. Vamos. Es un momento.

Cuando quise darme cuenta subíamos en un ascensor hasta un segundo piso.

—La casa es nuestra –iba diciéndome la madre de Maruja–. Tenemos otra en Fernández de la Hoz. Pero ésta es mucho mejor. Además, con la tienda abajo, sería absurdo no vivir aquí.

Nos abrió una criada. Enseguida salió Maruja, que según su madre, estaría "acicalándose".

—Maruja, cariño. Atiende a Luis que ha venido a verte. Yo os dejo solos. Portaos bien.

Mientras la madre desaparecía por la puerta que la criada mantenía abierta, Maruja me invitó a pasar al cuarto de estar. No parecía que estuviera nerviosa.

—¿Quiéres tomar una copita? –me preguntó.

Yo no quería tomar nada. Lo que quería era largarme cuanto antes.

—¿Un whisky? Tenemos whisky.

Aunque lo hubiera tomado alguna que otra vez, el whisky era una bebida que no me hacía ninguna gracia, así que también lo rechacé.

—Entonces, un café –dijo Maruja–. Enseguida te lo preparo.

Y me dejó sólo. Volvió al cabo de unos minutos acompañada de la criada que llevaba en una bandeja el servicio de café.

—No sé si te gustará. Lo hago yo misma

¡Bette Davis! Ahora se atrevía a mirarme a los ojos. Yo me acordaba de aquél su "Eres muy guapo, Luis" y me sentía violento. ¡Menuda pareja hacíamos!

En esta ocasión, cuando nos despedíamos en la puerta del piso, me sorprendió dándome un beso fugaz –para lo cual tuvo que ponerse de puntillas–, y antes de que yo pudiera devolvérselo, cerró la puerta

bruscamente.

Cuando llegué a casa, le conté a mi madre lo sucedido –que Maruja me había besado y todo eso– y ella me dijo que lo pensase, que quizá se me presentaba la posibilidad de solucionar mi vida. Era un modo de hablar impropio de mi madre: la prudencia no era precisamente una de sus virtudes. Le dije lo mismo que la otra vez, o sea que no estaba dispuesto a cargar con una mujer que no me gustara.

Pero como suele decirse, el hombre propone y Dios dispone. Y Dios debió disponer que me casara con Maruja; claro que quien llevó a cabo ese designio fue mi madre. ¿Para qué voy a explicar sus argumentos? Se los puede imaginar cualquiera. Desde mi situación personal –"¿qué iba a ser de mí, sólo, el día que ella me faltara?"– hasta las evidentes ventajas que supondría un matrimonio con la hija del tendero. Y para mi sorpresa me enteré que ya había hablado del asunto con la madre de Maruja. Mi madre ya sabía que si me casaba con Maruja, tendría piso, tendría coche, garaje y una ayuda en dinero. A cambio de nada o casi nada. Si se me daban los números, podría encargarme de llevarle la contabilidad del negocio al señor Dionisio.

Parecía absurdo que se le dieran tantas facilidades y ventajas a un individuo como yo, que no tenía más méritos que el de un físico probablemente atractivo (según para quién); y un historial de buen chico que no había hecho daño a nadie (que se supiera). Como decía mi madre "pon en un platillo de la balanza lo que te ofrecen y en el otro lo que ofreces tú y estarías ciego si no vieras la diferencia a favor de esa chica".

Resumiendo: no tuve que mover ni un dedo para verme convertido en el novio oficial de Bette Davis. Entré en su casa. Traté a su padre y a su madre: dos excelentes personas. Sencillas, incapaces de hacer daño al prójimo, incluso desprendidas en el aspecto material del dinero. No me imagino al señor Dionisio robando unos gramos en el peso o a su mujer equivocando una cuenta para quedarse con unos céntimos, ni subiendo absurdamente el precio de los comestibles para aumentar sus ganancias. Lo que hacían era trabajar mucho. No disfrutaban de ningún momento de descanso. Me contaba el señor Dionisio que no sabía lo que eran unas vacaciones. No había visto nunca el mar. ¡El mar! Con las ganas que tenía él de darse un chapuzón entre las olas.

Tampoco había ido nunca a una piscina, ni a un cine, a pesar de que lo tenía en la puerta de al lado, el cine Chueca. Pues nunca lo había pisado. Cuando se presentaba la oportunidad de entrar a ver alguna película, siempre surgía algo urgente que hacer en la tienda, en el almacén, en la casa. El señor Dionisio se lamentaba de su esclavitud, la esclavitud del trabajo, una droga como otra cualquiera, que ata, que embota el cerebro, que te ciega y no te deja libertad para desenvolverte libremente. No, no era por el dinero. ¡Qué importa millón más o menos! Otros siempre tendrán más y más casas y más coches y más de todo...

Confieso que simpaticé con este hombre. Maruja tenía un buen padre, un padre que no vaciló en poner su cartera a disposición de los novios a la hora de enfrentarse con los gastos de la boda... Mi madre me advirtió desde el primer momento que no le hablara de gastos. Podía casarme con Maruja, a la chita callando. Yo lo sabía de sobra y no me importaba en absoluto. Si había que casarse, lo mismo me daba hacerlo de chaqué que en mangas de camisa. Y es que soy un caso. No sé como Maruja y su familia me tenían en tan alta estima y consideración.

Mi futura suegra, que se llamaba Aurora, cargó sobre sus espaldas, el peso de la organización del acontecimiento. Desde que me convertí en novio oficial hasta que se fijó la fecha de la boda transcurrieron varios meses. En aquel tiempo el país andaba revuelto. Acababa de morir Franco y una democracia tambaleante daba sus primeros pasos.

La boda sería sencilla, sin lujos ni ostentación. Mis invitados no llegaban a una docena. De Narbona vendría la sobrina Danielle, en representación de la familia. Juan José aún no se atreve a cruzar la frontera. Mis otros hermanos tampoco espero que asistan. Lola no sé por donde anda. La última vez que pasó por Madrid, la acompañaba un melenudo que al parecer era una figura mundial del "rock". Mi hermano Pedro, con el que he hablado por teléfono en alguna ocasión, se mantiene en su postura: no quiere saber nada de la familia. Vive muy bien. Tiene dos hijos, gana dinero. Con la mujer las cosas iban mal. Se estaba poniendo de moda el fracaso del matrimonio entre las clases pudientes.

En cuanto a Estrella... No pensaba contarlo, pero lo haré. Qué más da. Ella, que nunca escribe, de buenas a primeras nos envía un cablegrama: "Sindo llegará a Madrid primeros de octubre. Va estudiar medicina. Quiero lo matricules en la Complutense. Estrella". Sindo es el hijo mayor de mi hermana. Tiene otros nueve. ¡Qué barbaridad!

El caso era que Estrella pretendía endosarnos a su hijo. Y eso, no. Mi madre ya tuvo bastante con los suyos. Crió a los siete, sin desplazar cargas sobre otros. Ahora disfrutaba de cierta tranquilidad y no quiere perderla. Tenía derecho a eso. ¿O no?, me preguntaba. Y yo le dije que sí, que lo tenía.

Mi madre dudó porque no era de piedra, pero al fin me mandó que fuera a Correos y Telégrafos de Cibeles, a poner un cablegrama a mi hermana que redacté en estos términos: "Imposible ocuparme de tu hijo. Lo siento. Besos. Tu madre, Regina".

Estrella contestó con una carta. "Madre –escribía mi hermana–. No esperaba que fueras tan egoísta. Siempre te había tenido en un altar, pero con ese gesto de rechazar a mi hijo, te veo a nivel de una persona incapaz de un rasgo noble, ni siquiera a favor de sus familiares más próximos. Ahora comprendo la causa de que mi padre fuera desgraciado contigo. Tú sólo piensas en ti misma. ¿Qué trabajo te costaba acoger en tu casa a mi Sindo?

Sabe desenvolverse sólo perfectamente. A mis hijos procuro educarles bien. Te recuerdo, por si lo has olvidado, que tengo diez y que además, trabajo en el Hospital, con mi marido. Los dos acariciábamos la idea de que nuestro Sindo se hiciera médico en Madrid. A partir de este momento, no esperamos nada de España. Estrella".

18

Es la víspera del día de la boda. Estoy en Barajas, esperando a Danielle, que llegaba desde Barcelona. En las fotos, mi sobrina tiene un aspecto inconfundible. No me cabe la menor duda de que la reconoceré entre los viajeros que van saliendo de la sala donde se recogen los equipajes. Ahí está.

—¿Danielle?

—¿Tío Luis?

Nos abrazamos y nos besamos. Ella tiene un cuerpo esbelto, bien definido en curvas juveniles. El escote es generoso. Su rostro me recuerda –¡qué manía la mía!– a una actriz de moda: la Taylor. Danielle sabe pintarse. Usa vaqueros y una blusa suelta con un chaleco encima.

Yo la miraba y sentía que algo me ardía en el interior.

—Creía que este momento no iba a llegar a nunca.

—¿Qué momento, Tío Luis?

—El de conocerte en persona.

Pusimos el equipaje en un carrito. Ella se colgó de mi brazo.

—A mí me parece que te he conocido siempre. Eres como te imaginaba.

—¿Y cómo me imaginabas?

Hablaba muy bien el español. Estudiaba Lenguas Románicas en la Universidad de Narbona.

—¿Qué te parece?

—¿Quién?

—Esto. España.

—Si no he visto nada. Espera, por lo menos, a que hayamos salido del aeropuerto.

En el taxi se volcaba sobre mí, me apretaba el brazo contra su costado.

—Así que vas a casarte. ¿Y cómo es ella?

Su curiosidad no tenía límites. Quería enterarse de todo rápidamente. Fue un viaje –el trayecto de Barajas a Chamberí– de preguntas y respuestas. Ella preguntaba y yo le respondía. Desde el primer momento nos envolvió una atmósfera de familiaridad que resultaba sorprendente. Porque, vamos a ver. ¿Cuánto tiempo hacía que nos habíamos visto por primera vez?, ¿un cuarto de hora, media hora?... Entre nosotros no había puertas ni muros. “Tío Luis”, “Danielle”. Tío y sobrina.

Danielle quería abrazar cuanto antes a su abuela con la que llevaba tiempo carteándose y hablando por teléfono.

—¿Es cierto que tuvisteis una academia de baile?

Ella lo veía como una anécdota graciosa en la vida de la familia. Le gustaba el baile. Mañana esperaba poder bailar con el novio, en la boda.

—¿Y qué me dices de los primos? ¿de Lola, de Estrella, de Pedro?

Mi madre, que nunca lloraba, lloró en esta ocasión abrazando a su nieta. Empezamos a hablar y hablando, llegó la hora de la cena. El tema de la boda no se mencionó en ningún momento de la charla. Yo había quedado con Maruja en pasar por su casa para echarle un último vistazo al piso que íbamos a ocupar encima del de sus padres, pero se me olvidó este detalle y cuando estábamos cenando me llamó ella por teléfono. Tuve que inventar una excusa. Acababa de llegar de Barajas con la sobrina. Era tarde. Le aconsejé que no me esperara, que se acostara enseguida. Mientras hablaba con Maruja estaba rabiando por regresar cuanto antes junto a Danielle.

Ni siquiera ahora dije nada acerca de la boda. Mi madre había encauzado la conversación sobre sus remotos recuerdos de la infancia. ¿Sabía Danielle lo de su bisabuelo cura? (Mi madre nunca hablaba de la suya, como si no hubiera existido). ¡Bisabuelo cura! Sonaba bien eso. Danielle lo guardaría en su memoria como algo típico de España.

Cenamos. Mi madre se acostó y yo seguí con Danielle. Al final la acompañé a su habitación. Entré con ella. ¿Acaso no era su tío? Yo, pocas veces me he emborrachado. Entonces tenía esa sensación de irrealidad que produce el alcohol. Mi sobrina ocupaba por entero mi pensamiento. ¡Cómo me gustaba! Ella empezó a desnudarse con toda naturalidad. Ahora hablaba de mi boda. ¿Qué clase de mujer era Maruja? ¿La quería mucho? ¿Era bonita?... Yo sentía el corazón desbocándose. Acababa de quitarse el sujetador. Nunca había visto nada tan hermoso. Quise decir algo y las palabras se me atragantaron.

—¿Qué te pasa, tío? –me preguntó.

Se metió entre las sábanas. Me temblaban las piernas.

—¿Me permites que te dé un beso?

—Por supuesto.

Levantó sus brazos desnudos, me abrazó por el cuello y me besó.

—Espero que seas feliz, tío Luis.

¿Me lo decía con guasa? Creo que no. Pero yo, cuando cerré la puerta de su habitación, ya me había hecho el propósito de renunciar a Maruja.

19

Por la mañana, cuando me levanté –no había pegado ojo en toda la noche– fui a la habitación de mi madre y se lo dije. No quería casarme. Maruja no me gustaba. No estaba enamorado. Me causaba náuseas el tinglado de la boda, con el suegro corriendo con todos los gastos, etc. Mi madre dejó que me desahogara. La boda era a la una y ella tenía que ir a la peluquería. ¿Es que no se enteraba de lo que le estaba diciendo? Claro que sí. Dúchate, anda. Me dejó con la palabra en la boca.

Tenía que llamar a Maruja y decírselo. La llamé. Había ido a la peluquería. ¿Hablar con sus padres? No me atreví. Y el tiempo se echaba encima.

Apareció Danielle. Había dormido de un tirón. ¿Y yo? Bueno... Yo... yo... Me volvían las angustias de la noche pasada. ¡Qué hermosa estaba! Vestía el mismo vaquero del viaje y la blusa suelta, sin el chaleco y se notaba que aún no se había puesto el sostén. Ni falta que le hacía. Se empeñó en servirme el desayuno y al inclinarse para verter el café y la leche en la taza, tuve el panorama de sus jóvenes pechos a un palmo de mis ojos.

Después me dijo que se iba a duchar. Y yo me quedé frente a mi taza de café con una galleta en la mano. ¡Se iba a duchar! No sé que me pasó. Me levanté de la mesa y me deslicé por el pasillo hacia el cuarto de baño, ante cuya puerta me detuve, dudando. ¿Qué me proponía? Danielle era mi sobrina, Danielle era nuestra invitada, Danielle era una chiquilla... Pero me había dicho que iba a ducharse. ¿Era una invitación?... Me dispuse a abrir la puerta. Cogí el pomo y lo hice girar con cuidado. Danielle no había echado el cerrojo. Entonces abrí y entré.

No voy a contar aquí lo que sucedió en el cuarto de baño. Sólo diré que es el recuerdo más agradable que guardo de toda mi vida. Creo que me volví loco con aquella maravillosa criatura entre mis brazos.

Un rato después salíamos con las maletas por el pasillo y nos encontramos con “Sinfo”.

—¡Señorito Luis! ¿Adónde va? –me miraba asombrada.

Le di un beso.

—Adiós; Sinfo.

—¿Y la boda?

—No habrá boda –le dije.

Danielle me esperaba con la puerta del piso abierta. Me reuní con ella y nos fuimos. A la mañana siguiente llegamos a París y nos alojamos en un modesto hotel del barrio latino. Le había dejado una nota a mi madre: “Dile a

Maruja que me perdone. No quiero engañarla. Me voy con Danielle. Un beso".

Entre los dos disponíamos de fondos para un par de semanas. Desde París llamamos a Juan José. Le parecía una locura lo que habíamos hecho, pero no tenía inconveniente en acogernos en su casa. Yo pasé mis apuros antes de decidirme, esa es la verdad. ¿Con qué cara me presentaba ante mi hermano? ¿Cómo explicarle que había seducido a su hija?... Bueno, eso de seducir... La seductora era ella... Danielle, preciosa... Nuestro amor, comentaba riéndose, venía de lejos, de aquel antepasado común que había descendido las gradas del altar para emparejarse con una feligresa...

Cuando se nos acabó el dinero fuimos a Narbona. Danielle se reintegró como si tal cosa a sus estudios en la universidad. Yo estaba acostumbrado a no hacer nada, Juan José me buscó un empleo y empecé a trabajar. Desde Madrid mi madre me aseguraba que el mal trago iba siendo olvidado. Me echaba de menos, pero qué iba a hacer.

No creo necesario que diga que soy un tipo de mucho aguante. Los que me conocen, lo saben. Bueno, pues lo que sucedió fue que Danielle empezó a relacionarse sentimentalmente con un profesor de la universidad y de la noche a la mañana, me dejó plantado por él. Se casaba. Juan José me lo comunicó poniendo cara de circunstancias.

Regresé a Madrid. Al principio me sentía muy mal, pero enseguida me recuperé sin trauma alguno. Después de todo era libre, libre.

Encontré a mi madre desmejorada. ¡Cómo no iba a estarlo! Sin embargo no me reprochó nada. ¡Qué podía esperarse de un tipo chalado como yo y de otra chalada como la nieta!.

No vi a Maruja ni a sus padres. Me informaron que el señor Dionisio andaba muy deprimido. A los pocos días de mi regreso se difundió por el barrio la noticia de su muerte. ¡Y qué muerte! Por lo visto había cogido un autocar que le llevó hasta Alicante y una vez allí, se arrojó al mar. ¡Pobre hombre! Lamenté de veras su muerte. Creo que nos hubiéramos entendido. Hubo tiempo en que pensaba mucho en él, y en la responsabilidad que quizá me alcanzara por su dramática decisión de quitarse la vida. Claro que esos pensamientos, a fuerza de darles vueltas y vueltas, acabaron como el humo, deshaciéndose en el aire. Me inquietaba menos el recuerdo de su hija. Yo, a Maruja, no la quería y por lo tanto nuestro matrimonio hubiera resultado un fracaso. Me afectaba, claro está, lo sucedido, por el sufrimiento de las personas que no me habían causado ningún daño. Pero soy de los que olvidan enseguida aquello que no les cae bien. Y el capítulo de Bette Davis lo he dado por cerrado desde el momento en que abandoné Narbona para regresar a Madrid.

20

Mi Hermano Pedro, que había levantado un muro entre su familia y él por motivos económicos y de clase, volvió al modesto hogar de sus antepasados con las orejas caídas. ¡Qué batacazo! Tal que hoy disfrutaba de una posición brillante –mujer vistosa, hijos maravillosos, piso estupendo, coche ídem–, y mañana se presentaba en la puerta del piso de su madre con una simple maleta y la cartera vacía. ¿Qué le había pasado?... Pues que se había divorciado. La justicia no sólo le había condenado a abandonar el piso que era propiedad de su mujer, sino a pagarle una cantidad mensual, lo que significaba la barcarrota para él. Ironías de la vida. ¿Quién iba a imaginar que a mi hermano, el triunfador, le ocurrieran cosas así?... Le oigo decir:

—Le quitaré los hijos. Llegaré hasta el Supremo, si es preciso.

Acababa de lamentarse de que los abogados le habían dejado sin un duro.

Mi madre no se puede asegurar que le abriera los brazos, pero tampoco lo rechazó como podía haber hecho, teniendo en cuenta el comportamiento del hijo pródigo. Pedro sólo iba a nuestra casa a dormir y a que le lavaran la ropa. Continuaba con su empleo de ejecutivo importante en una multinacional de esas que se dedican a la fabricación de detergentes. Su sueldo, según me dijo, superaba el medio millón al mes. Esperaba salir pronto del bache y remontar el vuelo nuevamente. Cuestión de unos meses.

Se levantaba muy pronto. A las ocho ya estaba en su despacho. A casa no volvía hasta las nueve o las diez de la noche. Los domingos pasaba el día con sus hijos y al finalizar la jornada, se mostraba tan eufórico como si no tuviera problemas. Mi hermano era un tipo muy raro. Nunca llevó a sus hijos a casa, ni hablaba de ellos. Mi madre tampoco le preguntaba. Entre los dos existía como un pacto de silencio. “Vive aquí si quieres, pero no me cuentes tus historias”, parecía ser la consigna de mi madre. Y la de él: “Me marcharé cualquier día”.

Ese cualquier día se prolongó durante muchos meses. A mí quiso llevarme a su empresa para trabajar en las oficinas de un almacén, pero la cosa no resultó por mi culpa. Había que madrugar y todo eso y yo, suelo acostarme muy tarde y además me gusta leer en la cama, un vicio que me acompaña desde siempre. Pedro me dice:

—Desde luego, eres el tío más “cara” que he conocido.

Porque vivo a costa de mi madre. Yo lo reconozco. Reconozco que soy un tarado mental. ¿Qué persona en su sano juicio hubiera rechazado el premio gordo que significa casarse con Maruja? A veces pienso en este asunto y me

da una especie de coraje por lo tonto que soy. Pero ahora viendo a mi hermano me pregunto si merece la pena complicarse la vida de ese modo.

La situación de Pedro empeoraba. Cuestión de dinero, por supuesto. Tan acogotado se vio por sus deudas que llegó a pedirle un préstamo a nuestra madre. ¡El águila suplicando al gorrión! No, ella no podía ayudarle. Primero porque tenía la caja vacía y segundo no le daba la real gana. Que fuera a mendigar donde había estado tantos años sin preocuparse por nosotros, los suyos, su familia.

Entonces Pedro sacó a relucir un tema que a mí nunca se me había ocurrido. ¿Qué pasaba con la herencia de nuestro padre? ¿No había dejado nada? Porque si había dejado algo, nosotros, los hijos, éramos los herederos.

Conociendo a nuestra madre no comprendo como mi hermano pudo llegar tan lejos. Pedro tenía que saber que nuestro padre nunca tuvo un duro. Que si en algún momento hubo holgura económica en la familia, lo había conseguido nuestra madre con sus clases particulares, el parvulario y la academia de baile. Pedro tenía que saber que nuestro padre era un jugador empedernido, un manirroto. ¿Dinero nuestro padre?... Daban ganas de reír.

La absurda pretensión de mi hermano causó en nuestra madre sorpresa e indignación. En un primer momento se quedó cortada. Después le dijo a Pedro:

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? ¿Por reclamar lo que es mío? –replicó él.

Y ya aquí mi madre no pudo contenerse:

—¡Quítate de mi vista!

Pedro era temible cuando se le cruzaban los cables. Empezó a dar voces (como nuestro padre cuando se ponía así). ¿De quién era la culpa del fracaso de la familia? ¿Quién había hecho desgraciado a nuestro padre? ¿Por qué habían muerto Víctor y María del Mar? ¿Por qué se había marchado él de casa, y Juan José y Lola y Estrella?... Exigía las cuentas claras. Exigía que nuestra madre pusiera las cosas sobre la mesa los papeles y documentos de la herencia paterna.

Yo intentaba calmarle y arremetió contra mí, insultándome. Le devolví los insultos. Total, que llegamos a las manos. Él era mucho más fuerte que yo y de un par de mamporros me dejó fuera de combate.

Nuestra madre se había retirado a su habitación. Cuando entré a verla, la encontré en la cama, sin sentido. A su lado estaba Sinfo, intentando reanimarla, cosa que no conseguimos entre los dos, ni el médico de urgencia que acudió un rato después. De madrugada, una ambulancia la trasladó al hospital. Pedro y yo la acompañábamos. Mientras la ambulancia corría a toda velocidad por las calles desiertas, Pedro se tapó la cara con las manos y rompió a llorar, el muy hipócrita.

21

Mi madre sufrió un derrame cerebral a consecuencia del cual había quedado parapléjica. Condenada a la silla de ruedas para el resto de sus días, yo, su hijo, el inútil, me convertí en su enfermero durante varios años, que coincidieron con la transición política hacia la democracia en nuestro país. Vivió la etapa de Adolfo Suárez y tuvo la satisfacción de alcanzar la de los socialistas, con Felipe González a la cabeza. Me decía, que con la llegada de los socialistas al poder, veía cumplidos sus sueños de ciudadana de izquierdas, lo cual no quiere decir que no tuviera que pasar aún por momentos amargos, como el asesinato de los abogados laboralistas de la calle Atocha y el asalto del Congreso de los Diputados por Tejero y sus guardias civiles y los horrores y estragos causados por los terroristas vascos.

La desgracia de mi madre al quedarse paralítica favorecía mi pasividad e indolencia. Ya nadie me reprochaba que abandonara los estudios o que buscara un empleo. Con ocuparme de la enferma tenía salvada mi responsabilidad. Y no sólo eso, sino que entre ciertas gentes mi comportamiento despertaba admiración. "¡Pobre chico! ¡La que le ha caído encima!" ...Atender a una anciana paralítica y cascarrabias, porque éso era mi madre y lo digo aquí como un desahogo sin que a nadie le importe un pepino cómo era o dejaba de ser la que cuando estaba sana cautivaba por su simpatía y buen humor.

El recuerdo que conservo de aquellos años me resulta penoso. Manejar un cuerpo de ochenta kilos –mi madre los pesaba; estaba gorda y fofa– requiere unas condiciones físicas que no las tiene cualquiera. Yo las pasaba moradas cuando la sacaba o metía en la cama, cuando la ayudaba a sentarse o levantarse de la silla de ruedas, cuando la acompañaba al cuarto de baño... ¿Para qué recordarlo? Un suplicio. Bien es verdad que en algunos momentos me ayudaba Sinfo, pero las energías de nuestra criada tampoco eran las de antes. Ella con hacer las labores, la compra y la comida, tenía más que justificado el sueldo.

Mi madre descargaba su mal genio conmigo. Según ella, no sabía hacer nada. "Sinfo", una campesina, me daba cien vueltas. "Sinfo" le hacía las comidas a su gusto. "Sinfo" sabía utilizar la lavadora y la olla exprés y yo no. "Sinfo" estaba atenta a los horarios para la toma de sus medicamentos y yo no. "Sinfo" no le causaba daño cuando la movía y yo sí. Y yo estaba sordo a sus llamadas. "¡Luis. ¿Dónde te metes?". Y cuando acudía ya me encontraba allí a la criada, intentando calmarla. "Pero, señora, que el señorito también

necesita dormir!”.

Algunas veces bajábamos a la plaza. Era todo un drama. En el ascensor, muy estrecho, apenas cabíamos la silla de ruedas con mi madre y yo. Y ella siempre gruñendo. Que por aquí, que por allá, que me haces daño, que esto y que lo otro. Y nunca se decidía por el banco donde le apetecía instalarse y andábamos dando vueltas llamando la atención. Los vecinos evitaban acercarse a hablar con nosotros. Nos conocían de toda la vida, pero no soportaban a esta mujer gorda, que les abrumaba con detalles de su enfermedad, siempre la misma historia: los dolores de huesos, la cabeza, los nervios, el insomnio... Le molestaban los gritos y hasta el vuelo de las palomas. Si hacía sol ella quería sombra y si no lo hacía se quejaba de que la sacara a la calle con un tiempo así.

En alguna ocasión vi cruzar por la plaza a mi antigua novia, Maruja. Ella también debía de vernos, pero nunca se acercó. A medida que pasaban los meses, incluso los años, se enteraba uno de cosas: por ejemplo, que los edificios de la tienda de ultramarinos y el cine los habían derruido para construir otro que ya estaba habitado por nuevos inquilinos y comerciantes. Un enorme letrero destacaba en la fachada: “Electrodomésticos”.

Ya había televisión. Y la teníamos, pero mi madre la controlaba de forma absorbente, en exclusiva. Veíamos lo que ella quería ver y si no, la apagaba porque según decía la molestaba el ruido. Yo me conformaba con todo. Mi hermano Pedro, que mientras nuestra madre estuvo enferma apareció por casa varias veces, me reprochaba que la aguantara tanto: “Desobedécela alguna vez, que por eso no va a empeorar”.

Afortunadamente, allí estaba “Sinfo” para echarme una mano. Lo peor era que se aproximaba su jubilación. Pronto nos quedaríamos sin criada. ¿Quién iba a soportar a mi madre? Yo, que acostumbro a echarme a las espaldas las preocupaciones que no dejan dormir, veía un horizonte pesimista sin “Sinfo” en la casa. Confieso que si hubiera dispuesto de medios, no hubiera tenido reparos en ingresar a mi madre en alguna residencia para la tercera edad. Pero con las pensiones que cobraba a duras penas alcanzábamos los finales de mes. La administración del dinero, la llevaba ella, meticulosamente. Ni una peseta escapaba a su control. Teníamos una cuenta en la Caja de Ahorros, con la firma reconocida de los dos. La libreta la custodiaba ella, porque no se fiaba de mí, según me decía abiertamente. “La libreta está más segura conmigo”. Cuando teníamos que sacar dinero, la llevaba en la silla hasta la sucursal y nos poníamos en la cola. Era ella la que firmaba el impreso y recogía el dinero en la ventanilla. Lo cual no quiere decir que muchas veces no fuera yo sólo a hacer la gestión. En la Caja éramos clientes sobradamente conocidos por el detalle de mi madre en la silla de ruedas, una imagen nada frecuente en una entidad bancaria, creo yo.

En contraste con nuestras dificultades económicas, me entero por las

revistas y por los cotilleos de la televisión, que mi hermano Pedro ha vuelto a triunfar en los negocios. No sé cómo se las habrá arreglado para meterse en el mundo de la construcción de viviendas. "Inmobiliaria del Pozo". Este anuncio se ve en la prensa, en edificios que empiezan a construirse, en televisión, en vallas de solares. Según las revistas del corazón, Pedro ha vuelto a casarse, parece ser que con una joven. Casi todas las semanas sale en ese tipo de publicaciones. Pedro del Pozo con su mujer, Pedro del Pozo en su nueva casa, Pedro del Pozo en Barajas, emprendiendo o regresando de algún viaje, Pedro del Pozo en el fútbol, en los toros. De nosotros no se acordaba. A veces sentía la tentación de acudir a él para recordarle que tenía una familia, a la cual seguramente podía echarle una mano. Me parecía injusto que él nadara en la abundancia y nosotros en la estrechez, sobre todo en relación con nuestra madre. Pero nunca me decidía a llamarle. Y él tampoco lo hacía.

Durante este tiempo, la comunicación con mi hermano mayor era fluida "telefónicamente". Desde las lejanas fechas de mi fuga con su hija Danielle no nos habíamos vuelto a ver. A Danielle sí que la he visto. El nombre de Danielle del Pozo empezó a sonar hace años por el éxito que tuvo con la publicación de una primera novela: el relato exagerado de nuestra aventura amorosa. La novela ya ha sido traducida al español. Después, ha publicado otras y en todas la ha acompañado el éxito. ¡Danielle del Pozo, escritora de novelas eróticas!

En una ocasión vino a Madrid para la presentación de uno de sus libros. Me enteré por el periódico y aunque lo dudé mucho, al final sucumbí a la tentación y acudí al acto que tenía lugar en el Círculo de Lectores. Esperé por los alrededores hasta que el público entró en el salón. Yo lo hice el último y me escondí en un rincón para que no me vieran desde el estrado. Allí estaba Danielle con los escritores que la acompañaban, una Danielle más hermosa y atractiva que entonces. En los días de nuestra aventura vestía de cualquier manera y la Danielle que estaba viendo era una mujer elegantísima, maquillada y alhajada. Había empezado a hablar. Lo hacía en español, con un estilo rebuscado. Me decepcionó. Así no hablaba Danielle cuando nos fugamos. La escuché. Su mensaje era el de una mujer triunfadora, arrogante. El papel de las mujeres en la sociedad tenía que igualar al de los hombres. Discurso feminista. Entonces me comparé con ella y comprendí que aquella Danielle se avergonzaría de un pobre diablo como yo –traje raído, zapatos viejos, barba descuidada–, así que decidí marcharme antes de que terminara su participación en el acto. Luego esperé en la calle, hasta que la vi salir rodeada de un grupo de personas con las que sin duda iría a cenar.

Danielle vive en París. Según me cuenta mi hermano, es la tercera vez que se casa. Por Narbona apenas la ven el pelo. Lo de ser famosa se le ha debido subir a la cabeza.

De mi hermana Estrella tengo que contar una historia que me resulta

particularmente desagradable: la muerte de su hijo primogénito, aquel "Sindo", que Estrella pretendió que acogiéramos aquí en Madrid, con nosotros, para que estudiara en la Universidad Complutense la carrera de Medicina.

Nuestra negativa –la de mi madre y la mía– le sentó muy mal a mi hermana, cuyo carácter impulsivo no se prestaba a arreglos y componendas. Desde la carta que escribió por entonces no volvió a relacionarse con la familia. Yo al principio sí le escribí sin que recibiera contestación alguna.

Y un día leí en los periódicos una noticia según la cual "Sindo", un guerrillero de nacionalidad peruana que actuaba en países de la América Latina, había encontrado la muerte en un enfrentamiento con el ejército boliviano. En la información se daban detalles de este "Sindo", cuyo nombre completo era el de Gumersindo Cardoso del Pozo. Se decía que se trataba de un estudiante fracasado de Medicina. Su padre, médico de prestigio en la ciudad de Lima, estaba casado con una española. Yo nunca me había enterado de que el sobrino estuviera metido en aventuras revolucionaras. Confieso que ese tipo de personajes me caen simpáticos. Lamenté, de veras, el final del pobre "Sindo" y quise que Estrella lo supiera. La llamé por teléfono y me arrepiento de haberlo hecho. Según mi hermana –por eso me acusaba– su hijo no se hubiera convertido en guerrillero si hubiera venido a Madrid a hacer la carrera de Medicina como ella pretendía. No aceptaba mis cumplidos de pésame ni quería saber nada de mí.

Siempre que pienso en este asunto me siento incómodo con un escozor en la conciencia. ¿Pudimos hacerlo de otra manera? ¿Pudimos haber evitado esta desgracia?, le pregunto a mi madre. Y siempre me da la misma respuesta:

—Ella se lo buscó. Que cargue con las consecuencias.

22

Después de diez o más años sin tener noticias de Lola, recibimos una carta fechada en Nueva York, en la que nos comunicaba que padecía cáncer de pulmón en fase terminal. “Moriré en un par de semanas. Lo sé y lo asumo –escribía–. Por eso quiero despedirme de todos vosotros pidiéndoos perdón por mi alejamiento familiar que ahora lamento, os lo aseguro. Adiós.”

En la carta había omitido, pienso que intencionadamente, su dirección.

Yo fui quién la abrió y quien primero me enteré de su contenido, que al principio pensé ocultarlo a mi madre, pero ella adivinó que algo me pasaba.

—¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Qué quieres que ocurra?

Había guardado la carta en el bolsillo del pantalón.

Ella me miró fijamente.

—Dámela.

Más pronto o más tarde tendría que enterarse, así que saqué la carta del bolsillo y se la di.

—Es de Lola.

Ella hizo girar la silla de ruedas para volverme la espalda y en esta actitud permaneció largo rato, el tiempo empleado para leer varias veces las escasas líneas que Lola había escrito. Luego se volvió hacia mí. Tenía los ojos secos.

—¿Por qué voy a llorar por una hija tan descastada? ¿Por qué voy a sufrir porque esta hija se muera? Para mí había muerto hacía ya mucho tiempo. ¿Te enteras?

Ahora sí le asomaban las lágrimas, pero no quiso que yo se las viera y girando la silla bruscamente se retiró a su habitación.

Sinfo llegó por el pasillo, desde la cocina.

—He oído voces de tu madre.

—Es que Lola está muy mal. Se muere –le dije. Y ella rompió a llorar.

Bueno. No sé si mi hermana murió o no de aquélla. Supongo que sí. La que recibió un golpe de muerte con la carta fue mi madre. Que era una mujer fuerte lo sabíamos todos, pero se conoce que con los años se le habían ido consumiendo las defensas y así, en unos meses, a la entrada del invierno, una simple gripe se la llevó por delante. Murió mientras dormía plácidamente. No sufrió dolores, ni tomó otras medicinas que las que el médico le había mandado para la gripe. Cuando “Sinfo” acudió a su habitación para ayudarla a levantarse, como hacía todas las mañanas, la encontró ya muerta. El fallecimiento debió producirse de madrugada.

Espero que descanse en paz. Conmigo ha tenido mucha paciencia, lo reconozco.

Fueron tiempos amargos para mí. Además de la muerte de mi madre, me afectó mucho la jubilación de "Sinfo", que por esas fechas se trasladó a vivir a una buhardillita que tenía alquilada por la plaza de Olavide.

Mi ex novia Maruja y su madre asistieron al funeral que encargué por mi madre. Al terminar la ceremonia religiosa, las dos se acercaron a mí para darme el pésame. Me sorprendió observar que las dos me miraban con buenos ojos. La madre incluso llegó a besarme. Maruja se conformó con un apretón de manos.

Eso fue todo aquel día. Pero una semana después me encontraba en la cola de la Caja de Ahorros esperando el turno para sacar dinero con la cartilla cuando llegó Maruja y se puso a continuación.

—¿Cómo estás? –me preguntó. (¿Me sonreía o yo estaba soñando?)

—Me voy defendiendo –le contesté.

—¿Vives sólo?

—Sí.

—¿Y Sinfo?

—Se ha jubilado.

Maruja iba vestida a la última moda, con falda corta y ceñida y un osado escote sobre el que se enfocaban las miradas de los hombres de la cola, cosa que parecía agradarle.

—¿Te has casado? –me preguntó.

—No –le contesté.

—Yo, tampoco –dijo ella.

—Tendríamos que vernos.

—Claro que sí.

A partir de ese encuentro en la Caja de Ahorros nos veíamos con frecuencia. Maruja no era la misma de otros tiempos. Al madurar se había transformado en una mujer seria y responsable. Cuidaba de su casa, atendía a su madre y se ocupaba de la administración de un patrimonio familiar bastante considerable, según me enteraría no tardando mucho.

Me llevó a su casa y me encontré con una señora Aurora que me acogía con los brazos abiertos como si se hubiera olvidado de la afrenta que le había hecho a la familia.

Vivían en el edificio levantado en el solar que en otros tiempos ocupaban el cine Chueca y la tienda de ultramarinos. El piso era amplio, soleado, con una gran terraza que daba al jardín de un colegio.

Poco a poco me convertí en asiduo acompañante de Maruja y sin darme cuenta me fui incorporando a sus actividades familiares y sociales. Un día sí y otro también, comía y cenaba en su casa.

El siguiente paso consistió en llevarme a la oficina que tenía montada para

la administración de sus pisos y locales comerciales en un edificio próximo a la plaza. Allí aprendí el manejo de un ordenador y me capacité como administrador de fincas. Porque ése iba a ser mi trabajo en el futuro.

Llegado este momento, me propuso sin rodeos que me casara con ella. Me necesitaba, y además, seguía queriéndome. En su negocio hacía falta una persona que se encargara del papeleo de la administración. Hasta entonces lo había conseguido ella sola echando mano de profesionales que se llevaban la mitad de sus ganancias. No me ponía como condición que yo la quisiera. Le bastaba con que me portara bien con ella y con su madre y que fuera honrado en el cargo de administrador.

Acepté sin dudarlo. ¿Quién era yo para rechazar una propuesta semejante? Desaparecida mi madre, quedaba desamparado como un perro vagabundo. Así que no le puse ninguna objeción...

En cuestión de semanas arreglamos los papeles para la boda y nos casamos en la misma parroquia donde mi abuelo había sido coadjutor. No llevamos invitados. ¿Para qué? ...Nos acompañaron la madre de Maruja y "Sinfo", dos antiguallas que hicieron su papel con la mayor seriedad.

Ya éramos marido y mujer. Un corto viaje de novios y "a currar", como diría hoy un castizo. Maruja además de informarme de los pormenores de su negocio, me enseñó a conducir. Hasta entonces había sido un negado para este conocimiento. Ella tuvo la santa paciencia de instruirme a base de recorrer, durante horas, calles aisladas de la Ciudad Universitaria. Cuando lo consideramos oportuno me presenté al examen y aprobé sin dificultad.

Desde el momento en que tuve el carné de conducir, la reemplacé en el volante. Ahora era yo el que conducía y lo hacía gustoso a sabiendas de que Maruja se sentía segura a mi lado, y lo mismo su madre. Las dos se movían con más libertad cuando salíamos de compras, despreocupadas de dejar el coche en este sitio o en el otro.

Éramos felices. ¿Por qué no decirlo? Yo amaba a Maruja como no había querido nunca a nadie. (Lo de Danielle era otra cosa). Y Maruja me demostraba a diario que ella también me quería a mí. Lo que más me agradaba, lo que despertaba en mí un sentimiento de gratitud, era su confianza. Se dirá que es lo normal en una pareja bien avenida. Maruja, repito, me entregó su confianza sin reservas: su talonario de cheques, sus tarjetas de crédito, la clave de su caja fuerte y, por supuesto, las llaves de armarios, puertas y cajones. Desde el comienzo de nuestras relaciones, en su casa no hubo ningún secreto para mí. Lo cual no dejaba de ser raro. ¿La suegra? ¿Fuente de recelos, equívocos, malentendidos para desacreditar a los yernos frente a las hijas?... Bueno, es que si existe en el mundo alguna persona con un fondo honesto, bondadoso, amable y comprensivo es ella, la señora Aurora. Allí estaba conviviendo con nosotros sin inmiscuirse en nuestros asuntos, sin poner mala cara nunca, aunque a veces pudiera estar justificado

que la pusiera. Me quería mucho. Y me quiere porque aún vive a sus noventa años, una edad que lleva con dignidad y sabiduría. Le digo que con la salud de que disfruta llegará a centenaria. ¿Sabes lo que me gustaría, Luis? Que me diérais un nieto. Pero no creo que a vuestra edad podáis hacerlo, me dice y se ríe. Yo le replico que con los avances de la ciencia se pueden tener hijos sin recurrir a la fórmula tradicional.

—¿Entonces a qué estáis esperando?"... Si os hubiérais casado en aquella ocasión...

Bueno, sí, es verdad, si nos hubiéramos casado en aquella ocasión, a lo mejor a estas alturas la señora Aurora podía estar rodeada de nietos e incluso de algún biznieto. Pero como eso ya no es posible, Maruja y yo acordamos dejar a un lado el problema de la descendencia, que por supuesto, nos hubiera gustado tener.

Pero el personaje que maneja los hilos en el teatro de marionetas que es este mundo, tenía otros planes para nosotros. De buenas a primeras en el pecho izquierdo de Maruja apareció un bulto sospechoso que fue diagnosticado tras la oportuna investigación, como cáncer de mama maligno, el final de Maruja a corto plazo si no se la operaba rápidamente.

Al principio me resistía a admitirlo. A sus cincuenta años, Maruja se encontraba en la plenitud de la vida. Su energía cada día era más intensa. ¿Cómo imaginar que se apagara porque en uno de sus pechos apareciera el bulto sospechoso? ...Yo lo tomé por el lado dramático. Ella, en cambio, no. "Esto del cáncer de mama, es como la lotería," decía. "A unas nos toca y a otras no". Yo creo que al principio también se asustó, pero enseguida superó el miedo. Por su parte no hubo lloros, ni ataques de nervios, ni noches en vela. En una manifestación de optimismo propia de su carácter, se refugió en la experiencia de tantas y tantas mujeres famosas que habían pasado por el mismo trance y ahí las tenías luciendo su tipo en las revistas del corazón y en la "tele". "Verás que pelo me sale después", bromeaba refiriéndose a la calvicie total que experimentan los enfermos de cáncer con el tratamiento de quimioterapia.

Maruja nunca perdió el buen humor que ponía de manifiesto en su relación con los médicos y enfermeras que la atendían.

—Venga, Luis, que a quién van a quitarle un pecho es a mí, no a ti – bromeaba al verme abatido.

En la operación le extirparon el tumor y no hubo necesidad de quitarle el pecho. En cuanto se repuso un poco –ya en la habitación– me pidió que le acercara el estuche de tocador que estaba en el armario. Se lo llevé, le puse un espejo delante, según me indicó, y en unos minutos se arregló como si fuera a salir de paseo. Su madre la observaba, sonriendo, desde los pies de la cama. ¡La señora Aurora! Viéndola, recordaba aquellos tiempos en que se propuso casarnos y las maniobras que tuvo que hacer para que al final yo diera la

campanada que di. En estos momentos me siento culpable una vez más. Quisiera pedirle perdón. Paso mi brazo por sus hombros y la aprieto contra mí. Ella comprende mi gesto, me mira, y se le humedecen los ojos.

Clínicamente la curación de Maruja no tuvo contratiempo alguno. A las dos semanas regresamos a casa. Pero aún nos quedaba mucho camino por recorrer, muchas visitas a clínicas y sanatorios. En las primeras fases del tratamiento de quimioterapia, Maruja lo pasaba muy mal. Se le cayó el pelo. Cada vez que se peinaba le quedaban mechones enredados entre las púas del peine. Ella me decía que los tirara al cubo de la basura, pero yo los iba recogiendo y los guardaba en una cajita de latón que escondía en el fondo de un armario. Aún conservo esa cajita, no sé para qué.

Cuando empezó a salir a la calle recurrió a la peluca para cubrir la desnudez de su cabeza. Llegó a tener una colección. Cada día se la ponía de un color. En cuestiones de moda, Maruja siempre se desenvuelve a su aire.

A medida que se alejaba el fantasma del cáncer, aumentaba su ansia de vivir. Compramos otro coche para que lo usara a su discreción. Unas veces salía con él y otras a pie, por las calles. La gente la veía cruzar la plaza con sus vestidos siempre llamativos, con sus zapatos de tacón de aguja, con su peluca y con el gran bolso de piel, repleto de chucherías. Le gustaba entrar en las tiendas y hablar con sus empleados, tocarlo todo, preguntando precios y calidades, sin perder la sonrisa aún a riesgo de que pudieran tomarla por una chiflada. Por las noches salíamos al cine o al teatro, incluso a discotecas de moda. Le gustaba bailar y me arrastraba a meterme en el barullo, sin importarle el ridículo que pudiéramos hacer, los dos ya talluditos, entre los jóvenes que se volvían locos con los nuevos ritmos. A veces acudíamos a conciertos en el Monumental, aunque la música no fuera su afición preferida. Incluso me llevó a ver partidos del Real Madrid en el Santiago Bernabeu. La cuestión era moverse, estar siempre activa. Luego vendrían las sesiones de quimioterapia que la dejaban debilitada durante varios días.

Y en cuanto se sentía mejor volvía a la carga. ¿Qué hacemos hoy? ¿Dónde vamos?... ¿Por qué no emprendemos un viaje? ¿Un crucero?”... Le propuse ir a Narbona a visitar a mi hermano y aceptó con entusiasmo. En consecuencia fuimos a Narbona. Hacía veinte años que Juan José y yo no nos veíamos. Él andaba por los ochenta y conservaba el espíritu jovial y optimista que le llevó a participar en aventuras guerreras. Jubilado hacía unos años y con dinero suficiente en la cartera, tanto él como su mujer –diez años más joven– disfrutaban de una tercera edad aceptable. Narbona es una ciudad tranquila, ideal para jubilados. Tiene buenos comercios, grandes almacenes, monumentos, jardines, un clima algo duro en invierno, que se compensa con veranos no demasiado calurosos.

Mi hermano vivía en un chalet de las afueras, que tenía un pequeño huerto donde entretenía su tiempo de jubilado cultivando hortalizas y árboles

frutales. Con el matrimonio vivía su nieta Claudia, la hija mayor de Danielle. La escritora la había dejado a cargo de los abuelos desde muy pequeña y con ellos seguía. Claudia tenía entonces unos diecinueve años. Había estudiado idiomas y últimamente andaba a vueltas con los estudios de Informática. Claudia no se parecía en nada a su madre. Mientras Maruja y yo estuvimos en Narbona hacía una vida familiar normal entregada a sus estudios y a salir con sus amigos. Según nos contaron sus abuelos nunca habían tenido problemas con ella a la hora de controlar sus gustos y aficiones. Bien es verdad que tanto mi hermano como su mujer no son personas autoritarias como lo habían demostrado con Danielle y conmigo.

De Danielle apenas se hablaba en la familia. Nos contaron que se presentaba en Narbona de tarde en tarde, les llevaba unos regalos, comían por ahí y luego se marchaba sin completar una jornada con ellos. Últimamente había llamado por teléfono desde Nueva York. Mi hermano y mi cuñada estaban acostumbrados a este género de vida de su hija. Sabían que se casaba de nuevo y que volvía a ser madre cuando lo publicaban las revistas. Se resignaban a su alejamiento. En cambio tenían que agradecerle que les dejara a Claudia, un lujo para su vejez. Con Claudia viviendo con ellos, se consideraban recompensados.

Lo pasamos bien en Narbona. Tanto Juan José como Teresa, su mujer, y la nieta Claudia se volcaron en hacernos agradable la estancia. Claudia tenía una perrita, "Luba", que se encariñó conmigo y no se separaba de mí ni un momento. Cosas raras que ocurren. Maruja simpatizó con las mujeres de la casa y dada su impaciencia por sacarle jugo a la vida no perdió ocasión de disfrutar de los alicientes que la pequeña ciudad ponía a nuestro alcance. El idioma no era ningún inconveniente. Siempre llevábamos intérprete con nosotros. En fin, que los días pasaron rápidamente.

La víspera de nuestra marcha, mientras las mujeres habían ido a la ciudad a hacer algunas compras, estando Juan José y yo solos en el huerto, y con "Luba" saltando a mí alrededor, mi hermano me hizo unas confidencias que me sorprendieron porque nunca me había dado a entender que le preocupara el problema.

—¿Tienes alguna noticia sobre la familia de Valladolid? –me preguntó de pronto.

Le contesté que ninguna. ¡La familia de Valladolid! Ni en vida de nuestros padres ni después, nadie que yo recordara, había tocado ese tema a lo largo del tiempo. Lo cual no dejaba de ser algo extraño.

Entonces él me dijo:

—Antes de que sea demasiado tarde porque no sabe uno cuando se irá al otro barrio, quisiera limpiarme la conciencia de un remordimiento que me ha acompañado desde que me casé aquí, ocultando que ya lo estaba en España. Cometí un delito por el que no sólo no he pagado, sino que recibí la

compensación de una vida feliz en esta ciudad francesa. Sin embargo, la espina del remordimiento siempre la he llevado clavada. Y ahora quisiera quitármela pidiendo perdón a los que entonces causé daño. Por eso me gustaría que te ocuparas de averiguar qué ha sido de esa familia. Sobre todo de mi hijo al que quisiera conocer lo antes posible.

Naturalmente le prometí que me ocuparía del asunto en cuanto regresara a Madrid. Luego me estuvo contando las circunstancias que le habían llevado a cometer la bígamia, justificándose con su amor a Teresa. Eran tiempos difíciles. Estaba harto de rodar por trincheras y campos de concentración. A Teresa y a sus padres no les había confesado hasta mucho tiempo después que había dejado una esposa en España. Su matrimonio funcionaba bien y el negocio de aparatos electrodomésticos que compartía con el suegro, también. Así que punto en boca y adelante. Pero él se sentía culpable, aunque lo ocultara. Me comentó que tenía intención de hacer testamento, nombrando heredera a Claudia, la nieta, sin perjudicar en los derechos que pudieran corresponderles a Danielle, al hijo de Valladolid y a las dos esposas que ha tenido.

El regreso de las mujeres interrumpió nuestra conversación en ese punto. Ya no volvimos a tratar del tema hasta el momento de la despedida al día siguiente, cuando me disponía a arrancar el coche que tenía aparcado delante del chalet. Teresa y Claudia permanecían junto a la puerta diciéndonos adiós. Juan José, que estaba un poco adelantado y llevaba sujeta por la correa a la perrita "Luba", cruzó la acera y vino hacia la ventanilla, por la que se asomó y me dijo que no me olvidara de lo que habíamos hablado.

—Confía en mí –le contesté–. Te tendré informado.

Apenas arranqué, a Maruja le faltó tiempo para sonsacarme de qué se trataba. Tuve que decírselo. Ella se mostró dispuesta a colaborar. Este tipo de historias la encantaban. ¿No había un programa de televisión sobre encuentros entre familiares que nunca se habían relacionado?

23

Una vez en Madrid, ella misma se puso al habla con una agencia de detectives a la que encomendó localizar a la familia del Pozo en Valladolid. El informe nos lo enviaron a los pocos días, Juan José del Pozo era el dueño de una farmacia en el centro de la ciudad de Valladolid. Estaba casado y tenía un hijo que era diputado, en Madrid, y una hija que estudiaba Económicas en una universidad norteamericana. Anteriormente la farmacia había pertenecido a la madre del farmacéutico actual, fallecida hacía cuatro años.

Con estos datos decidimos presentarnos directamente en Valladolid. La gestión que pretendíamos llevar a cabo, se nos presentaba difícil, aunque la circunstancia de que mi cuñada hubiera muerto, podía facilitar las cosas.

Sería un viaje de ida y vuelta en el mismo día. Llegamos a media mañana. Aparcamos por el centro y dimos unas vueltas por la ciudad antes de localizar la farmacia del sobrino. Ahí está: "Farmacia. Licenciado Juan José del Pozo". (El segundo Juan José de la estirpe.)

—¿A qué esperamos? –me animaba Maruja viéndome vacilar.

Al fin entramos. Al otro lado del mostrador un hombre de mi edad y una mujer de la de Maruja, vestidos con bata blanca, esperaban a que nos acercáramos. Tragué saliva y me dirigí al hombre.

—Permítame que me presente. Me llamo Luis del Pozo Lozano...

—¿Qué?...

Dominé el impulso de echarme a reír. Miré a Maruja y observé que a ella le ocurría lo mismo. ¡Vaya un par de comediantes!

Y el farmacéutico:

—¿Quiere decir que es mi tío?

—Eso creo, si tú eres Juan José del Pozo –dije yo con la mejor de mis sonrisas.

El sobrino se llevó las manos a la cabeza.

—¿El tío Luis! ¿Te das cuenta, Pepita?

Y la tal Pepita que alarga la mano por encima del mostrador y estrecha la mía con efusión como si nos conociéramos de siempre. Y yo le digo:

—Esta es Maruja, mi mujer.

Y ellas dos extienden los brazos y se abrazan sobre el mostrador. El sobrino sigue con la boca abierta.

—Venga, Juanjo. Despierta –le dijo Pepita y al ver que entraban clientes nos dijo a nosotros: –¡Pasad, pasad al despacho!

¡Pasad al despacho! Con esta frase comprendí que la puerta de la

incomunicación familiar, que durante tantísimos años había permanecido cerrada a cal y canto, empezaba a abrirse.

Empujé a Maruja para que siguiera a Pepita que nos precedía hacia la puerta de una habitación contigua donde entramos.

—Sentaos, por favor.

Nos sentamos los tres.

—Juanjo no nos ha presentado –nos dijo Pepita–. Yo soy su mujer. El pobre se ha llevado un susto de muerte. Por fin, alguien de la familia de su padre ha dado la cara. Os aseguro que lo ha estado esperando siempre. Y el padre ¿qué? ¿vive, no vive?

—Vive –le contesté y luego añadí: –Pero llama a Juanjo.

—Claro, claro –dijo Pepita–. Es que la farmacia no se puede descuidar. A lo mejor te vienen por una medicina urgente... Desde la puerta llamó: –¡Juanjo! Ven, hombre. ¿Qué haces que no vienes?

Juanjo apareció al fin. En su cara había temor y desconcierto. Pepita lo cogió por un brazo.

—Alegra esa cara. ¿Sabes lo que acaba de decirme tu tío?. Que tu padre vive.

El sobrino se volvió de espaldas y rompió a llorar. Maruja se emocionó y yo también, no lo niego. En fin, el sobrino era un alma bendita –enfermedad que otros miembros de la familia también padecemos– y no opuso ningún obstáculo para el encuentro con su padre, que Maruja y yo patrocinábamos. Según estos sobrinos, desde la muerte de la madre –que jamás había perdonado al bigamo– sólo esperaban a que mi hermano diera el primer paso. Lo dimos Maruja y yo, y el resultado era satisfactorio. En Madrid, teníamos que ponernos en contacto con el tercer Juan José del Pozo de la estirpe, diputado en el Congreso.

De regreso a Madrid unos días después, le llamé por teléfono y me citó para una entrevista en su despacho oficial. Había hablado con su padre y encontraba justificada su pretensión de conocer al suyo si, como yo le aseguraba, mediaba la solicitud del perdón por parte del abuelo. “Hasta el Papa pide perdón en estos tiempos”, me comentó, aprobando sin ningún reparo, el plan que habíamos configurado Maruja y yo para llevar a cabo el encuentro.

Con objeto de informarle, vino por casa varias veces. Conoció a mi suegra y los rincones de la plaza de Chamberí por los que se había desarrollado la vida de la familia del Pozo y de Maruja y los suyos, con los cambios consiguientes a la transformación de la ciudad.

Entre unos y otros y a base de comunicaciones telefónicas –Valladolid, Narbona, Madrid–, fijamos la fecha del ocho de septiembre para celebrar la reunión en nuestro piso. Mi hermano vendría desde Narbona con su mujer, y el sobrino farmacéutico, lo haría desde Valladolid, con la suya. Por supuesto

que también asistiría el diputado.

Maruja vivía intensamente los preparativos. El acontecimiento lo celebraríamos con una buena cena. En casa: nada de restaurantes. No sé si he dicho en alguna ocasión que tanto Maruja como su madre, eran –y son– excelentes cocineras. Por nada del mundo perderían la ocasión de lucirse.

El día elegido era un sábado. El viernes por la tarde y el sábado por la mañana, Maruja y yo anduvimos de compras. El sábado a media tarde –a la hora aproximada en que tenía que llegar mi hermano–, sonó el teléfono. Una atribulada Claudia me comunicó desde Narbona, que sus abuelos habían tenido un accidente con el coche cuando venían hacia Madrid y habían fallecido los dos.

En lugar de la reunión para el abrazo de reconciliación, tuvimos que organizar el viaje para asistir al entierro. Desde el primer momento, el diputado se prestó a acompañarnos, no así sus padres que se excusaron por la anómala situación que se les planteaba.

Llegamos a Narbona de madrugada en el coche de Juan José. Los cadáveres, según me había informado Claudia por teléfono, se hallaban expuestos en el tanatorio de la ciudad.

Claudia nos salió a recibir al vestíbulo. Tras saludarla, le presenté a Juan José. Y yo, que a pesar de mi experiencia (Danielle), soy reacio a admitir los flechazos de Cupido, tengo que reconocer que en ese instante actuó de nuevo, alcanzando a mi sobrino. Se lo he oído decir a él muchas veces. “Me enamoré de Claudia en cuanto la vi”.

Por cerrar el capítulo de aquel encuentro –el entierro no pudo celebrarse hasta que Danielle llegó de Nueva York–, diré que no hubo problema alguno entre Danielle, Maruja y yo. Incluso la acogida que la escritora nos hizo fue cordial. Le expliqué el rumbo que había tomado mi vida casándome con Maruja y me emplazó a hacer un viaje a Nueva York, propuesta que Maruja aceptó con el entusiasmo que suelen despertarle los viajes.

En fin, la consecuencia más destacada del que acabábamos de hacer, consistió en la relación sentimental que se produjo entre Juan José y Claudia. Una relación que al poco tiempo terminaría en boda. La química amorosa entre los sobrinos actuó con inusitada rapidez.

Claudia vino a vivir con nosotros, en Madrid. Le encanta el barrio. En cuanto a Juan José, frecuentaba esta casa como si fuera un hijo. En la última legislatura se ha retirado de la política para dedicarse a la abogacía. Claudia trabaja con él, como secretaria e intérprete.

Viven cerca, en el antiguo Paseo del Cisne. En la actualidad ya tienen un bebé de seis meses que Maruja y yo solemos sacar a pasear en su cochecito por la plaza. (Llevamos con nosotros a “Luba”, que Claudia se ha traído de Narbona). El niño se llama Juan José, igual que su padre, que su abuelo y que su bisabuelo. Es el cuarto Juan José de la estirpe del abuelo coadjutor, aquel

cura de pueblo que tuvo la osadía de embarcarse en la aventura de un amor prohibido, en tiempos en que los sacerdotes vestían sotana y llevaban afeitada la coronilla.

NOTA FINAL

La perrita “Luba” se encuentra enterrada bajo un rosal, en el pueblo almeriense de Mojácar.

Sobre *Chamberí*

En esta novela, tan entrañable y dura como la vida misma, asistimos al periplo de una familia madrileña desde los comienzos del siglo XX hasta los años ochenta, atravesando los acontecimientos políticos de España: república, guerra civil, dictadura y transición democrática. En ella nos adentraremos en el barrio de Chamberí, por cuya plaza mayor desfilarán una serie de personajes que harán las delicias de los lectores.

JEFFREY
ARCHER
El evangelio
según Judas
SAGA

El evangelio según Judas

Archer, Jeffrey
9788726492002
85 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«El evangelio según Judas, por Benjamín Iscariote» arroja nueva luz sobre el misterio de Judas, incluyendo sus motivos para traicionar a Jesús y lo que le sucedió después de la crucifixión. Partiendo de los textos canónicos como referencia, presenta una nueva versión de la historia de Jesús desde los ojos de Judas. Aparentemente escrita por el hijo de Judas, Benjamín, en el estilo narrativo de los Evangelios, este libro supone una recreación provocativa, estimulante y polémica, resultado de una intensa colaboración entre uno de los mayores expertos mundiales en el arte de contar historias, Jeffrey Archer, y uno de los estudiosos de la Biblia más conocidos del mundo, Francis J. Moloney. El proyecto es tan sencillo como osado: Jeffrey ha escrito una historia para los lectores del siglo XXI, mientras que Moloney se ha asegurado de que el resultado sea creíble para un cristiano o judío del siglo I.-

Cómpralo y empieza a leer

Cuentos y relatos de
Ricard
RUIZ
GARZÓN
SAGA

Cuentos y relatos de Ricard Ruiz Garzón

Ruiz Garzón, Ricard
9788726530957
85 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Colección de relatos del escritor barcelonés Ricard Ruiz Garzón, que contiene algunos de los relatos aparecidos en antologías y diversos medios de su carrera.Ricard Ruiz Garzón es un escritor nacido en Barcelona en 1973. Compagina la literatura con su labor como columnista y profesor del Máster en Edición de la Universidad Pompeu Fabra. Su obra abarca la ficción fantástica, la juvenil y el ensayo, así como la coordinación de antologías literarias como Mañana todavía, Insólitas o Riesgo. Su obra le ha valido varios premios, entre ellos el Miradas 2006 por Las voces del laberinto o el Edebé por La inmortal. -

Cómpralo y empieza a leer

Las crónicas de Clifton
Jeffrey Archer
El secreto mejor guardado
SAGA

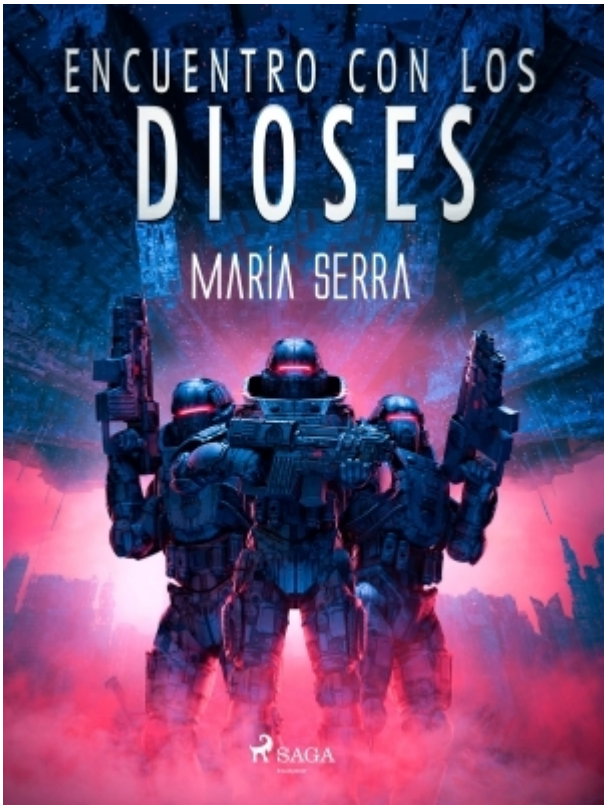
El secreto mejor guardado

Archer, Jeffrey
9788726491807
325 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

1945. La votación de la Cámara de los Lores para decidir quién hereda la fortuna familiar de los Barrington ha acabado en empate. El voto decisivo del Lord Canciller hará tambalearse las vidas de Harry Clifton y Giles Barrington. Harry regresa a América para promocionar su última novela, mientras que su amada Emma se embarca en la búsqueda de la niña que apareció en el despacho de su padre la noche en que éste fue asesinado. Cuando se convocan elecciones generales, Giles Barrington tendrá que defender su asiento en la Cámara de los Comunes, horrorizado al descubrir que los Conservadores han decidido ponerse en su contra. Sin embargo, será Sebastian Clifton, hijo de Harry y Emma, quien tenga la última palabra sobre el destino de su tío. En 1957, Sebastian obtiene una beca para estudiar en Cambridge. Así aparece en escena una nueva generación de la familia Clifton. Después de ser expulsado de la universidad, Sebastian se verá envuelto en una trama internacional de falsificaciones de arte que implica una estatua de Rodin cuyo valor es mucho mayor que la suma por la que se acaba vendiendo en subasta. ¿Se convertirá Sebastian en millonario? ¿Acabará sus estudios en Cambridge? ¿Está su vida en peligro? "Best kept secret" responde a todas estas preguntas, aunque, de nuevo, plantea muchas más.-

Cómpralo y empieza a leer


ENCUENTRO CON LOS
DIOSES
MARÍA SERRA
SAGA

Encuentro con los dioses

Serra, María
9788728363874
507 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La guerra, iniciada por los dioses, ya afecta a gran parte del Cosmos. Mientras las traiciones y alianzas se siguen desarrollando detrás del combate, las batallas espaciales desangran la población. Y en medio del conflicto, los compañeros de Ralelukköides continúan la búsqueda de las memorias de su dios protector, la solución para detener lucha. La tetralogía Ralelukköides muestra una guerra cósmica que afecta a humanos, dioses, seres de otras dimensiones y otros entes espaciales. Mezcla la mitología fantástica con una ciencia ficción espacial trepidante, llena de acción y política.

Cómpralo y empieza a leer

Las crónicas de Clifton
Jeffrey
Archer
Los pecados
del padre
SAGA

Los pecados del padre

Archer, Jeffrey
9788726492026
244 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Los pecados del padre" es el segundo libro de las aclamadas Las crónicas de Clifton, la obra más ambiciosa de Jeffrey Archer tras una carrera de cuatro décadas como autor bestsellers internacionales. Tras la estela del lanzamiento el año pasado de "Solo el tiempo lo dirá", libro que arrasó en las listas de bestsellers de todo el mundo, "Los pecados del padre" lleva al lector a asombroso viaje desde los bajos fondos de Bristol a las salas de juntas de Manhattan. El libro da comienzo en Nueva York, 1939. Harry Clifton, bajo la nueva identidad de Tom Bradshaw, se encuentra arrestado por homicidio en primer grado. Cuando Sefton Jelks, un abogado estrella de Manhattan, le ofrece sus servicios sin esperar pago a cambio, Harry no tiene más remedio que aceptar la oferta, pues no le queda un centavo. Después de que Harry sea hallado culpable y condenado en el juicio, Selks desaparece misteriosamente. La única forma que tendrá Harry de demostrar su inocencia será revelar su verdadera identidad, cosa que ha jurado no hacer para proteger a la mujer que ama. Mientras tanto, su amada Emma Barrington viaja a Nueva York. Ha dejado a su hijo en Inglaterra tras decidir que hará todo lo posible para encontrar al hombre con quien esperaba contraer matrimonio, incapaz de creer que ha muerto en el mar. La única prueba que posee es una carta que ha permanecido cerrada sobre la repisa de una chimenea en Bristol desde hace más de un año. Sin embargo, la letra de la carta es inconfundible.La nueva novela época de Jeffrey Archer tensa las lealtades familiares hasta el límite a medida que se revelan nuevos secretos. "Los pecados del padre" presenta todos los giros característicos de las clásicas novelas de Archer. Una historia que

dejará a los lectores con ganas de mucho más.-

Cómpralo y empieza a leer